

CUCA CANALS

El joven

POE


El misterio
de la calle
Morgue

edebé

© Autoría: Cuca Canals, 2017

© de la edición, Edebé, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora editorial: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look

1ª edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3350-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

DOS POBRES MUJERES ASESINADAS



Esta historia que os voy a contar empieza con un terrible asesinato. O mejor dicho, dos. Una madre y su hija. Dos pobres mujeres que aparecieron muertas a tres manzanas de la casa donde yo vivo, en la calle Morgue.

Pude ver con mis propios ojos cómo las sacaban por la puerta principal, una detrás de otra. Los curiosos se agolpaban frente al edificio, boquiabiertos. Los niños gemían por tan macabro espectáculo. Las víctimas tenían el rostro tan desfigurado que resultaba imposible reconocer quién era la madre y quién la hija. Parcialmente cubiertas por una sábana blanca que ya se había teñido de rojo, no era difícil imaginar que les habían hecho una auténtica carnicería. En fin, un espectáculo nada agradable ni siquiera para mí, que estoy tan acostumbrado a ver muertos.

Recordé haberme cruzado con ellas en alguna ocasión. Y mientras las dos camillas desaparecían de





mi vista, me pregunté quién podría haber sido capaz de cometer tal barbaridad.

Pero vayamos por partes...



El día en el que se produjo ese doble asesinato fue muy ajetreado. Al mediodía, tras salir de la escuela, mi hermana pequeña Rosalie y yo fuimos a la Campana, una casa abandonada adonde solemos ir los niños del barrio. Aunque es propiedad del Ayuntamiento, podemos utilizarla hasta que sea demolida. La usamos para reunirnos cuando acaban las clases, lejos de los mayores. Es un lugar cada vez más concurrido porque allí podemos hacer muchas cosas sin estar vigilados: hay quien se dedica a charlar, a jugar a las cartas o a tontear con las chicas. También hay quien, como yo, prefiere hacer negocios.

Me dedico a vender sustos. Sí, vendo sustos de asustar. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, mis clientes pueden elegir uno de los muchos que les ofrezco. ¿Que para qué sirven? Muy fácil. Para amedrentar a la persona que más deteste el cliente. Incluso he hecho un catálogo donde explico paso a paso cómo llevarlos a cabo. Vendo desde sustos para sobrecoger a padres crueles o a hermanos mayores aprovechados, hasta sustos para vengarse de profesores injustos o tutores despiadados.



Pero... ¡por mis muertos!, si todavía no me he presentado.



Me llamo Edgar Allan Poe. Acabo de cumplir 11 años y vivo con mis padres adoptivos en el barrio de las Bellas Artes de Boston, aunque es más conocido como el barrio de los Niños Postizos, por la gran cantidad de familias con niños adoptados que ahí residen. Al menos, gracias a eso, a dos calles de mi casa vive mi hermana pequeña Rosalie con sus padrastros. Tengo otro hermano, William Henry, pero él reside fuera de Boston. Hace un par de años, los tres vivíamos juntos en un orfanato, hasta que nos dieron en adopción y fuimos a parar a tres familias diferentes. Además, mis padres adoptivos tienen otro hijo, Robert Allan, de 16 años. Me odia porque cree que voy a quedarme con el patrimonio de sus padres. Es arrogante e insoportable, pero, por suerte para mí, está interno en un colegio militar y solo lo veo dos semanas al año.



En la escuela me llaman «El Raro». Y no solo a mí, también a mi familia. Que digan lo que quieran, me da igual lo que piensen los demás. ¿A quién per-





judico siendo como soy? ¿Acaso no somos todos un poco raros? ¿Quién no tiene alguna manía? ¿No es peor la gente que declara ser normal y siempre está incordiando a los demás? Yo creo que ser raro significa ser único. Y eso, más que un defecto, me parece una virtud.

Por ejemplo, cada vez que voy a un sitio en el que no he estado tengo que formar un círculo caminando. También me encanta hacer formas geométricas con todo: con el puré de patatas hago cuadrados; con las pequeñas piedras del jardín hago triángulos, y en las superficies polvorientas dibujo círculos con la yema de mi dedo índice. No soporto que los objetos que están colocados uno al lado de otro se toquen entre ellos, ya sean cubiertos o tizas de colores. Cuando me voy a dormir, antes de cerrar los ojos, tengo que contar hasta trece. Asimismo, soy algo supersticioso. Por las mañanas siempre salgo de la cama pisando el suelo de mi habitación con el pie derecho. ¡Si un día me equivoco, me quedo en la cama todo el día, aunque tengo que inventarme que estoy enfermo porque, de lo contrario, mis padrastrós no me dejarían! Durante las noches de tormenta, me aseguro de dormir con la tripa cubierta y la ventana bien cerrada. Lo hago desde que leí que los fantasmas te pueden robar el ombligo y devorarte sin piedad.



Otra razón de que me tilden de raro es que mi padrastro es dueño de una funeraria, un lugar que, por cierto, visito a menudo: cada vez que se enfada conmigo me envía allí a barrer. Eso ha hecho que, además de ser un experto en limpiar suelos, ya haya visto cientos de muertos; en concreto: 457 cadáveres hasta el día de hoy. Al principio me daban un poco de miedo y repelús, pero ahora solo me provocan una respetuosa indiferencia. A veces, cuando acabo de barrer, me echo una siesta en alguno de los ataúdes vacíos y agradezco a los difuntos que no le digan nada a mi padre adoptivo. Es una de las ventajas de vivir entre muertos: no molestan a nadie. Con la escoba me encanta hacer pequeños círculos de suciedad e imaginarme que el polvo se transforma en enormes escarabajos, cucarachas o arañas que reptan por las paredes. Son tan repugnantes que hasta los cadáveres resucitan al verlos.

Por una imposición de mi padrastro, un hombre muy pragmático, siempre visto de negro. Tengo 6 camisas, 3 jerséis de cuello alto, 1 chaleco, 2 abrigos y 2 pares de zapatos. Todo negro. Incluso son de ese color mis 3 calzones, las 6 camisetas interiores y mis 3 camisones de noche. Así, las manchas y el desgaste de mi ropa no se notan tanto y mi madrastra tiene menos trabajo conmigo. Supongo que vestir de negro tampoco ayuda a que me vean como a un joven





normal, pero no me importa porque es mi color preferido. Como la oscuridad y la noche.

Me encanta adentrarme en la negrura. Cuando cierro los ojos, puedo hacer todo lo que quiero: desde imaginarme que puedo volar hasta enfrentarme a un ejército de bisontes. Sucede lo mismo que cuando escribes. Puedo inventarme mundos irreales, crear personajes maravillosos o incluso torturar a mi padrastro. Por eso, cuando sea mayor quiero ser escritor. Y, lo mejor de todo, con la imaginación soy capaz de ver a mi verdadera madre, que murió hace tres años, siempre que quiero. Se acerca a mí y los dos nos abrazamos.



Tengo un amuleto que, debo reconocerlo, no es muy «normal»: el ojo de un muerto, que guardo en un pequeño frasco con formol. Lo robé hace tiempo de la funeraria de mi padrastro y lo llevo siempre en mi bolsillo. Además, me sirve como arma secreta de defensa. Si alguien me molesta, yo le aproximo el ojo y en el 99 % de los casos logro que me dejen en paz.



También tengo una mascota muy especial, un cuervo al que bauticé Neverland. ¡Es la única palabra que sabe pronunciar! La repite constantemente, así que no me costó mucho decidir el nombre. Vive en un saliente del tejado de nuestra casa y en invier-



no, cuando hace mucho frío, le dejo dormir en la buhardilla donde guardamos los muebles viejos. A veces me sigue a los sitios a los que voy, como si quisiera protegerme desde el cielo. Cuando me acompaña a la escuela, suelo pedirle que se mantenga a una distancia prudente para que nadie sepa que él y yo somos amigos. Rosalie es de las pocas personas que lo conoce. Mi padrastro, por supuesto, no sabe ni que existe, porque, si se enterara, estoy seguro de que lo desplumaría y descuartizaría sin pensárselo dos veces.



Pero volvamos al día en que se cometieron los dos asesinatos.

Como decía, horas antes yo estaba con mi hermana en el edificio de la Campana, donde nos reunimos los chicos del barrio. Y aunque no lo sabría hasta una semana después, en aquella casa abandonada hallaría la clave de los dos asesinatos de la calle Morgue.

Joana, compañera de clase de mi hermana Rosalie, fue mi clienta de sustos ese día. El motivo: la madrugada anterior se había despertado por unos ruidos que había escuchado desde su cama. Al asomarse a la ventana de su habitación, vio un gigantesco animal atravesando la calle. Aterrorizada,





despertó a su padrastro para alertarlo. El hombre, en lugar de escucharla, decidió azotarla convencido de que la niña se estaba inventando esa historia. Joana insistió; no tenía dudas de lo que sus ojos habían contemplado: un descomunal animal corriendo por la calle.

—Lo único que quería era avisar a mi padre y a cambio recibí una dura reprimenda —me contó indignada—. Y lo peor de todo es que me ha castigado un mes entero sin tomar chocolate. ¡Cómo puede ser tan cruel!

Joana reconoció que estaba profundamente dolida y disgustada.

—Yo haría lo mismo, me vengaría de mi padrastro —le dije.

Mi hermana, que a veces parecía un loro, repitió mi comentario y proclamó:

—Yo también me vengaría de mi padrastro.

Joana eligió el número 17 de mi catálogo de sustos: ¡el dedo amputado! Le entregué la lista de lo que necesitaba para llevarlo a cabo. ¡Me encanta hacer listas de todo! Por cierto, tuve que hacerle un descuento a Joana por culpa de mi hermana, que siempre me hace rebajar el precio de mis sustos, esta vez con la excusa de que eran amigas.

Al igual que la mayoría de los sustos que he diseñado, el del dedo amputado lo había probado en mi casa con mi padrastro. Lo coloqué sobre la butaca



donde suele sentarse y.... ¡casi le dio un ataque al corazón cuando lo vio!



SUSTO Número 17: EL DEDO AMPUTADO

Ingredientes necesarios

- 1 salchicha
- 1 cebolla
- Salsa de tomate
- 1 plato pequeño



Modo de preparación

- 1) Se corta una salchicha por la mitad; mejor si está cruda porque así será más repugnante. Se coloca sobre un plato.
- 2) Para realizar la uña, se utiliza un pedazo de un aro de cebolla. Se corta en forma rectangular, aproximadamente de la misma medida que una uña real. Se posa sobre el extremo de la salchicha.
- 3) La salsa de tomate será la sangre. ¡Hay que ponerla en la parte seccionada del dedo! Se aconseja dejar el plato en un lugar poco iluminado para que parezca más tétrico.





Después de venderle el susto a Joana, nos fuimos corriendo en dirección a mi casa. Rosalie y yo habíamos quedado para merendar con mi hermano mayor y se nos había hecho tarde. William Henry vive en Baltimore, a 399 millas de Boston, y solo nos vemos dos veces al año, cuando sus padres adoptivos lo traen a mi casa para que los tres hermanos estemos juntos.



Al llegar a la calle Morgue, fue cuando vimos el ajetreo. Muchos de nuestros vecinos estaban agolpados frente al edificio donde se había cometido el doble asesinato. Pude ver al señor Adolphe Griffin, propietario de la tienda de comestibles, al matrimonio Olsen y a la familia Print. Y también a la señora Grandeur, un mujer fea como una pesadilla y, sobre todo, insoportable. Todos la conocen como la Correvidile por lo chismosa que es. Fue ella precisamente quien se dirigió a mí para contarme lo sucedido. Cuando la veía, me imaginaba que su cabeza se transformaba en la cabeza de un loro que parlotaba sin descanso. Sabía que, si empezaba a hablar, no pararía, así que, para que me dejara en paz, decidí utilizar mi arma secreta. Saqué de mi bolsillo el frasco con el ojo y se lo mostré. Ella emitió un grito y se alejó corriendo. Mi hermana se desternillaba. A





su lado, Brandy Bones también se reía exageradamente. Es un joven pelirrojo algo retrasado que vive en una casa de acogida y mendiga comida por toda la ciudad. Le apodan Bones ('huesos') por su extrema delgadez. Realmente, está en los huesos. A mí me cae bien; siempre está dispuesto a ayudar a los ancianos o a hacer reír a los niños. Casi todos los vecinos le tienen afecto y le regalan comida. Sin embargo, no hay forma de que Brandy engorde. Mi hermana y yo solemos darle parte de nuestra merienda. Yo incluso le he ofrecido algunas de mis galletas preferidas, las de mantequilla. ¡Son tan apetitosas que he llegado a comer 58 en un solo día! Las hace mi madrastra y no tengo dudas de que son las mejores de Boston y del mundo entero.



Mientras nos dirigíamos a mi casa, al otro lado de la calle, distinguí a Roderick Usher asomado a la ventana de su residencia de dos plantas. Su hermana Madeleine y él viven en la mansión Usher y son conocidos por su extraña vida. Hay quien dice que el jardín que rodea el edificio está repleto de sepulturas de muertos que cobran vida por la noche y que se reúnen con los dos hermanos en el interior de la casa. Igualmente, al tratar de alejarnos de la multitud, identifiqué al señor Jones, parapetado tras una





farola. No se perdía detalle de lo que estaba sucediendo. Su esposa había muerto hacía dos meses y la rumorología del barrio decía que él había sido el asesino. Realmente, es un ser huraño y malhumorado; si alguien le lleva la contraria, se enoja. El señor Jones se dio cuenta de que yo le estaba mirando y, para provocarme, hizo con su dedo el gesto de una navaja degollando mi cuello. No sé por qué, pensé que él podía ser el culpable de los crímenes de las dos mujeres.


Rosalie, asustada, me agarró de la mano. Los dos aceleramos el paso.

—Vámonos, que se nos hace tarde —le dije.

—Sí, que se nos hace tarde —concluyó ella.



WILLIAM HENRY LEONARD



Cuando llegamos a mi casa, William Henry ya nos estaba esperando. Sentado en el recibidor oval, se levantó de un brinco del sofá en cuanto atravesamos la puerta. Mi madrastra estaba junto a él.

Rosalie dio un grito de alegría al verlo y nos abrazamos los tres durante un largo rato. Como siempre que veía una escena enternecedora, mi madrastra lloró emocionada. Lo mismo le ocurre a mi hermana: cada vez que alguien llora, ella también llora. Incluso yo estaba a punto de hacerlo, pero me contuve porque solo hubiera provocado que mi madrastra derramara todavía más lágrimas. Al igual que Rosalie, echo mucho de menos a nuestro hermano mayor. Salvo estas dos fugaces visitas, durante el año únicamente nos comunicamos con un par de cartas. Mi hermano detesta escribir. Dice que cuando tiene que plasmar sus pensamientos en un papel se queda en blanco y apenas llena una página. En mi opinión,



son excusas; pero le perdono porque es mi hermano. A mí me pasa todo lo contrario. Prefiero escribir a hablar, porque lo primero te obliga a reflexionar. En cambio, cuando abres la boca, de ella puede salir cualquier estupidez de la que después te puedes arrepentir.

Mi madrastra nos hizo pasar a la sala de las visitas, donde había preparado una bandeja con té y otra con sus galletas de mantequilla, las mejores de Boston y del mundo entero. Me relamí al verlas: por lo menos había 50 galletas ahí esperándome. Tanto Rosalie como yo alargamos la mano a la vez. ¡A ella le gustan tanto como a mí! Tras pelearnos por las galletas, lo siguiente fue pugnar por llamar la atención de William Henry. Estábamos impacientes por contarle que habíamos visto dos cadáveres.

—¡Han asesinado a dos mujeres! —solté yo.

—¡Sí, han asesinado a dos mujeres! —repitió Rosalie.

Mi hermana es muy exagerada y le contó a mi hermano que había tanta sangre en el vestíbulo que se necesitaron dos cubos para recogerla. Mientras le hablaba de lo que habíamos visto, yo fui a mi habitación a buscar una libreta. Había escrito una lista para recordar todo lo que quería decirle ese día a mi hermano.



LISTA DE COSAS PARA DECIRLE A WILLIAM HENRY:

- 1) *Que me peleé con Duane, el niño más repulsivo de la clase, y logré tirarlo al suelo a pesar de que es el gigante del curso.*
- 2) *Que estuve 3 días y una mañana sin recibir un bofetón de mi padrastro.*
- 3) *Que he crecido 2 dedos y casi estoy tan alto como mi madrastra.*
- 4) *Que me caí al saltar de un muro y me dieron 10 puntos en la rodilla.*
- 5) *Que me arrancaron una muela y solo derramé 4 lágrimas.*
- 6) *Que en la funeraria vi a un muerto que tenía los ojos abiertos.*
- 7) *Que he comido 5 espárragos seguidos sin vomitar.*

Ya han pasado dos años desde que dejamos el orfanato para ser adoptados por familias diferentes. Rosalie y yo tenemos la suerte de vivir en Boston y vernos casi a diario. En cambio, William Henry se siente solo tan lejos de nosotros dos. Encima, sus padrastros



son dos personas ancianas que viven en un barrio residencial de Baltimore, muy alejado del centro, donde apenas hay gente joven. William Henry nunca puede llevar amigos a su casa.

Para animarlo, le aseguré que algún día reuniríamos el dinero necesario para irnos los tres a vivir juntos con nuestro verdadero padre. ¡En el último año habíamos recibido una información que decía que estaba vivo! Al parecer, nuestro padre residía en Europa, concretamente en Dublín, capital de Irlanda. Mientras mi hermana devoraba las tres últimas galletas de mantequilla al mismo tiempo, fui a buscar la caja donde tenía guardados mis ahorros. Era todo el dinero que había conseguido vendiendo sustos.



—Mi objetivo es reunir lo suficiente para pagarnos el viaje hasta Europa, es decir, los 3 billetes de barco y una cantidad extra que nos serviría para costear la estancia de un mes entero en Dublín, tiempo más que suficiente para encontrar a nuestro padre.

William Henry observó con desprecio la cantidad que tenía ahorrada y, a continuación, soltó una carcajada:

—Al paso que vas, ni en veinte años podremos realizar ese viaje.

Mi hermana, con la boca inundada de galletas, me defendió indignada:





—Eres un desagradecido.

Esta vez fui yo quien sentí unos deseos enormes de repetir lo que había dicho ella. Sí, William Henry era un desagradecido. Rosalie tenía toda la razón. Sabía lo mucho que me había costado ganar ese dinero y, además, me había ayudado a idear algunos sustos, sobre todo los culinarios. Y no solo eso, sino que muchas de las clientas de los sustos eran amigas de mi hermana.

—Al menos nosotros dos estamos haciendo algo para volver a reunir a la familia —sentenció ofendida.

Estuvimos unos segundos en silencio. Yo estaba tan dolido que no conseguía hablar, hasta que por fin William Henry se disculpó:

—Perdonadme, es que me siento muy triste.

Con los ojos húmedos, reconoció que nos echaba en falta. Mi hermana lo abrazó y yo, para animarlo, le hablé de cómo me divertía asustando a la señorita Barbara Lance, la profesora de Gramática.



Cuando llevábamos poco más de dos horas juntos, llegó mi padrastro. Por el portazo, que retumbó en toda la casa, deduje que estaba ebrio. Y eso era sinónimo de problemas. Subió los 16 escalones que unen las dos plantas de la casa dando tumbos.





Mi madrastra intentó calmarlo, pero, como siempre, ella también recibió. La apartó bruscamente empujándola contra la pared. ¡No se estrelló contra el suelo de milagro! Mientras yo le preguntaba si se encontraba bien, pude oír como mi padre adoptivo les exigía a mis hermanos que se fueran de inmediato. Ellos, que ya lo habían visto borracho en otras ocasiones, sabían que lo mejor que podían hacer era desaparecer. Nos despedimos deprisa y corriendo. Al ver a mi madrastra gimiendo por el empujón que había recibido, a mi padrastro balbuceando y a mis hermanos yéndose cabizbajos de la casa, sentí deseos de llorar. Y esta vez no pude aguantarme. En cuanto atravesaron la puerta, me fui corriendo a mi habitación, oyendo a lo lejos la voz de mi padrastro:

—Te prohíbo que vuelvas a ver a tus hermanos en MI casa.

Eso también me dolió. ¡Por lo menos derramé 6 lágrimas por ojo, es decir, 12 en total! Mi padre adoptivo podía haber dicho «nuestra casa», pero no lo hizo. Dijo «MI casa». Alto, claro y cristalino. Como si yo fuera un extraño que vivía en SU casa.

Me tendí sobre la cama y pensé en mi verdadera madre. Cogí la pequeña medalla de porcelana que guardaba en mi mesita de noche. Era lo único que conservaba de ella. Un precioso retrato dibujado sobre una porcelana ovalada no más grande que una moneda de dólar. Acaricié su hermoso rostro con la



yema de mi dedo corazón haciendo unos pequeños círculos sobre el esmalte de la porcelana. A continuación, cerré los ojos. ¡Mi madre estaba corriendo en dirección a mí! Eso es una de las cosas que más me fascinan de la imaginación. Veo lo que quiero y cuando quiero; por ejemplo, a mi padrastro encerrado en una cárcel. Y así, con una sonrisa, me quedé dormido unos instantes hasta que abrí los ojos al notar un golpe en el hombro. ¡Por mis muertos, qué susto me dio! Pensaba que era mi padrastro. Pero no. Se trataba de Neverland, mi precioso cuervo, que me acababa de dar un picotazo. Había entrado por la ventana que yo había dejado abierta a propósito.

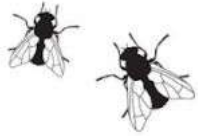
Me sentí dichoso al verlo, su compañía me reconfortaba. Le acaricié su pequeña cabeza negra con un dedo, esta vez haciendo una especie de rayas paralelas sobre su plumaje color azabache. Noté como el pájaro cerraba los ojos, lo que significaba que le complacían mis mimos. La presencia de Neverland, además, me llevó a pensar en vengarme por cómo mi padre adoptivo había tratado a mis hermanos. Tanto él como mi madrastra ya estaban durmiendo en la habitación de al lado; oía los ronquidos de ambos. Debajo de mi cama guardaba varias cajas de madera con diferentes insectos y arácnidos separados por listones. Lo llamaba el Zoo de las Pequeñas Bestias. Ese mismo día había hecho un recuento de mis diminutas fieras.





Cogí una de las lombrices, la más larga y repugnante, y la coloqué en el pico de Neverland. Le pedí que dejase esa pequeña bestia sobre el rostro de mi padre adoptivo. El cuervo salió de la habitación dando diminutos saltos. Yo me situé en el umbral de la puerta del dormitorio de mis padrastros para disfrutar del macabro espectáculo que estaba a punto de comenzar. Con mucha delicadeza, Neverland posó la lombriz en la cara de mi padrastro, justo debajo de su ojo izquierdo. Transcurridos unos instantes, mi padre





adoptivo empezó a gritar como un loco al sentir el cuerpo húmedo del animal avanzando por su rostro. Se incorporó de un brinco al tiempo que se llevó la mano a la mejilla para intentar apartar a la pequeña bestia mientras mi madrastra, aterrorizada, ya había saltado de la cama. Yo, escondido tras la puerta, me desternillaba. Lo único que me entristecía era haber asustado a mi madre adoptiva. Mi padrastro continuaba intentado sacarse la lombriz (parecía enganchada con cola), y todavía tardó unos instantes en conseguir su propósito. Al final pasó lo que tenía que pasar. El pobre gusano acabó volando por los aires y aterrizando sobre la manta de la cama.

Al ver que mi padrastro continuaba histérico, regresé rápidamente a mi habitación, le pedí a Neverland que saliera por la ventana y me cubrí con la manta fingiendo estar dormido. Todavía me estaba riendo pensando en el mal rato que había pasado. Se lo merecía por haber echado a mis hermanos de casa de esa manera.

Bostecé 7 veces seguidas. El día había sido agotador. Como hacía cada noche, quise contar hasta 13 antes de cerrar los ojos; pero estaba tan exhausto que creo que no llegué ni hasta 5. Solo tuve tiempo para pensar en las dos mujeres que habían sido asesinadas. Recordé las camillas con sus cadáveres saliendo de la casa donde vivían. Me compadecí de ellas y, a continuación, me quedé dormido.



¡EL ASESINO ANDA SUELTO!



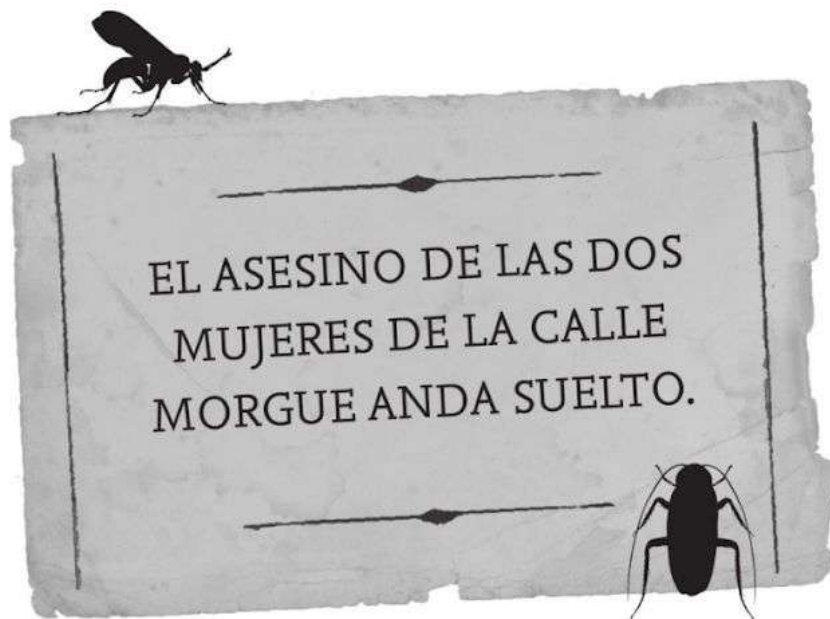
Al día siguiente, cuando mi hermana y yo llegamos a la escuela Saint James, donde los dos estudiamos, había un gran ajetreo. Como cada mañana, padres y alumnos nos agolpábamos frente al viejo edificio hasta que abría las puertas. La escuela posee dos pabellones separados, el de chicos y el de chicas, aunque todos coincidimos a la hora de entrada y salida, así como durante los recreos. La mayoría de los estudiantes de once años, como yo, vamos solos a la escuela. A esa edad ya se considera que somos mayores. En mi caso, primero paso a recoger a mi hermana por su casa.

Naturalmente, ese día el tema de conversación fue el terrible suceso de la calle Morgue. Muchas de las familias de mis compañeros, al igual que yo, viven cerca de la escena del crimen y habían conocido personalmente a las dos víctimas. Yo las veía cuando iban a comprar por el barrio. Eran muy educadas y siempre me saludaban. Se decía que tenían una gran



fortuna. Tal vez por ello eran discretas, desconfiadas y algo misteriosas. Apenas recibían visitas y, a pesar de ser ricas, no tenían ninguna empleada de hogar que los ayudase. Denis y Claude, que iban a mi clase, también conocían a las víctimas y habían visto los dos cadáveres saliendo de la casa.

Mientras esperábamos a que abrieran las puertas de la escuela, llegó un joven vendedor de periódicos del *Boston News*, el diario que informaba de todos los sucesos de la ciudad. Era la primera vez que veía a ese chico, que como mucho tendría 13 años. Llevaba colgado un tablón de madera en su pecho, como si se tratara de un peto, donde se reproducía en grande la portada del periódico. El principal titular se refería a los asesinatos de la calle Morgue:



En cuanto los padres de los alumnos lo leyeron, pusieron el grito en el cielo. Con el asesino en libertad, pensaron que todo el vecindario podía estar en peligro, así que algunos decidieron, por precaución, no dejar a sus hijos en la escuela y llevárselos de vuelta a sus casas; otros exigieron a sus vástagos que no salieran de la escuela bajo ningún concepto. Uno de los padres pidió al vendedor que les dejara leer uno de los diarios para conocer más detalles del asesinato. Sin embargo, el chico le dijo que no podía hacer eso, que esos ejemplares que llevaba no eran suyos y que debía venderlos.

—Dejad al chico en paz —dije alzando la voz cuando vi que le abucheaban.

No soporto a los adultos cuando se ponen tan latosos; había decidido defender al vendedor de periódicos. Me dirigí al grupo de padres y les pedí que compraran, aunque fuera entre todos, al menos un ejemplar. Como me miraron con extrañeza, insistí:

—¿No veis que este vendedor es nuevo? No puede regalar ni prestar ningún ejemplar porque sería despedido. No seáis tan avaros y, como mínimo, compradle uno entre todos. Os saldrá muy barato.

Mi hermana Rosalie, como siempre, me secundó:

—Compradle uno entre todos. Os saldrá muy barato.

Creo que les dolió que los llamara avaros, porque, para mi sorpresa, hicieron lo que yo había propuesto.

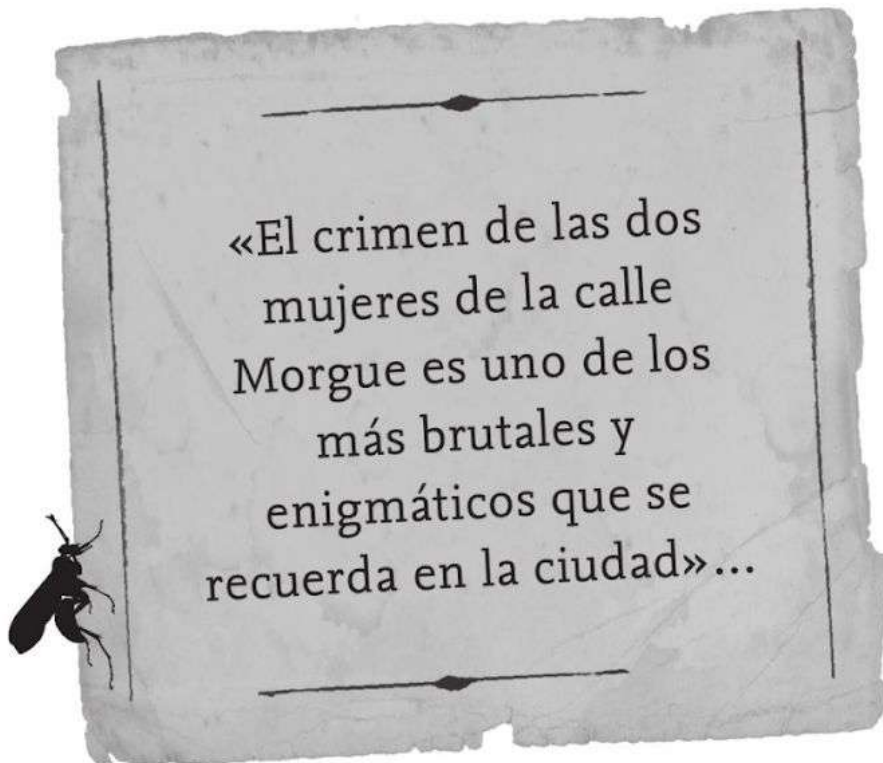




Cinco padres se pusieron de acuerdo para adquirir un periódico. El joven empleado del *Boston News* me miró agradecido. ¡Gracias a mí iba a vender su primer diario!

Se formó un corro alrededor del cual se situaron los que habían pagado el periódico. Yo me intenté colar y situarme en primera fila para ver lo que decía el diario, pero uno de los padres me apartó alegando que solo era un crío y que, además, no había pagado ni un céntimo. Precisamente fue el padre de Duane, el niño más insoportable de la clase. Su padre es tan alto y repulsivo como él.

Así, solo pude leer la primera frase:



Me alejé muy contrariado, porque me hubiera gustado saber todos los detalles de ese doble asesinato. Entonces noté como el vendedor de periódicos me sujetaba del brazo y me indicaba que lo acompañara. Quería hacer un aparte conmigo. Le pedí a Rosalie que entrara en el recinto y, a continuación, el vendedor y yo nos alejamos 22 pasos hasta llegar a un muro, lejos de todos. Tras comprobar que estábamos solos, el vendedor me dijo que, en agradecimiento por haberle ayudado a despachar su primer periódico, me iba a regalar un ejemplar. Yo me quedé tan sorprendido como agradecido. La verdad es que estoy muy poco acostumbrado a que me hagan regalos. Y, en efecto, me moría de ganas de saber más sobre el caso. Nos presentamos. Me dijo que se llamaba Charlie y vivía cerca de la zona portuaria. Desde aquel día comenzamos a hacernos amigos. Su rostro es blanco como la leche y su diminuta nariz está cubierta por 30 pecas. Su voz es alegre, pero cuando habla de su vida se torna triste. Me contó que había tenido que dejar de estudiar para ayudar a su familia.

—Mi padre murió y yo soy el mayor de seis hermanos —me confesó con voz decaída.

Doblé el periódico por la mitad para poder esconderlo en mi cartera. Cuando levanté mis ojos, Charlie ya se había ido, tan apresuradamente que ni siquiera tuve tiempo de darle otra vez las gracias.







—¡Antes de que anochezca tengo que vender un montón de periódicos! —gritó a lo lejos.

Yo también tenía que espabilar si quería llegar a tiempo a la primera clase. Antes de que la profesora entrara, puse el diario sobre el pupitre. Para que no lo viera, lo tapé colocando encima la libreta y la pequeña pizarra. Como siempre, a la derecha del pupitre ordené las tizas de colores una al lado de otra, formando líneas paralelas. ¡Si las tizas se tocan siento vértigo! También me dio tiempo a situar mis tijeras abiertas apuntando en dirección a donde estaba Duane, quien, por su elevada estatura, se sentaba en la última fila del aula, bastante lejos de mí. Dicen que, si están abiertas, atraen la desdicha a la persona que señalan. ¡A ver si así le enviaba un poco de mala suerte a ese niño repulsivo! Justo entonces, empezó la clase y, ya solo por eso, yo bostecé. Barbara Lance, la profesora de gramática, era una mujer muy pesada por un doble motivo: primero, por ser gorda como una bola de grasa; y, segundo, porque sus clases eran soporíferas. Se pasaba toda la hora haciéndonos copiar en la pizarra frases estúpidas para que practicáramos nuestro inglés. Yo tenía una lista donde iba apuntando las más cursis y tontas. Estas son algunas de las mejores:





FRASES TONTAS
DE BARBARA LANCE

- Los niños y los enanos siempre usan zapatos pequeños.
 - Los peces nadan alegremente en el agua aunque estén tristes.
 - Los caballos son muy felices pastando en las montañas.
 - Los perros duermen cuando están cansados y comen cuando están hambrientos.
 - Cuando te bañas en el agua, estás mojado.
 - Un hombre retrasado nunca llega a tiempo.
 - Las verduras son verdes como las verdes montañas de Canadá.
 - Los novios se quieren más que dos piedras de color rosa.
- 

Encima, hablaba muy despacio. Si no hacía algo para distraerme, me pasaba la clase bostezando o incluso durmiendo. Mi récord era de 201 bostezos en una sola clase. Para empezar, me imaginé que la cabeza de la profesora se transformaba en la de un



hipopótamo. Teniendo en cuenta que era gorda como un tonel, la cabeza del paquidermo le iba como anillo al dedo.


Aquel día, en cuanto Barbara Lance comenzó la clase, yo me concentré en leer la noticia del *Boston News*. El diario relataba la brutalidad del asesinato. Solo con leer las primeras líneas, se me fueron de golpe las ganas de bostezar. Decía lo siguiente:



EXTRAÑOS ASESINATOS

El crimen de las dos mujeres de la calle Morgue es uno de los más brutales y enigmáticos que se recuerdan en la ciudad. Hacia las nueve de la mañana, los vecinos del barrio de las Bellas Artes de Boston oyeron los espantosos alaridos procedentes del apartamento del segundo piso de una casa situada en el número 25 de la calle Morgue, ocupada por la señora Camille Lespan y su hija, la señorita Berthe Lespan. Como era imposible lograr el acceso al edificio, ya que la puerta estaba cerrada, varias personas forzaron el cerrojo con una barra de hierro. Diez vecinos entraron en el vestíbulo en compañía de dos policías. Mientras subían las escaleras se oyeron varias voces que discutían violentamente y que parecían proceder de la parte superior del edificio. Al llegar al segundo piso, esas voces enmudecieron, reinando una profunda e inquietante calma. Nuevamente, los vecinos forzaron la puerta del





apartamento con la barra de hierro, entraron y empezaron a recorrer las estancias una por una: la sala, la cocina y un pequeño despacho. Finalmente se dirigieron al vestíbulo que daba al cuarto de aseo y a los dos dormitorios situados en la parte posterior del piso. La puerta del vestíbulo, cerrada por dentro con llave, también debió ser forzada. El cuarto de aseo y uno de los dormitorios, el más pequeño, perteneciente a la hija, Berthe Lespan, estaban intactos. Fue al llegar al dormitorio principal cuando se vieron en presencia de un espectáculo que les produjo tanto horror como estupefacción.

En ese instante tuve que dejar de leer. Me dio una rabia tremenda porque estaba a punto de conocer más detalles del asesinato. Pero, por detrás, se estaba acercando la profesora Barbara Lance y tenía que hacer algo. La vi gracias a un truco que me había inventado. A través del cuenco de una cuchara, que hacía de espejo, podía ver si la profesora venía por atrás. Entonces pasé al plan B para poder seguir leyendo con tranquilidad. Saqué de mi pupitre una caja donde guardaba un par de cucarachas que pertenecían al Zoo de las Pequeñas Bestias y las dejé en el suelo. Yo sabía que a la maestra le repugnaba ese tipo de bicho. Carraspeé para llamar su atención y, cuando se giró hacia mí, le señalé con mi vista dónde



estaban las dos cucarachas. En cuanto ella las vio, sus ojos se abrieron como platos. Se llevó las manos a la boca, como si quisiera vomitar por la repugnancia que le daba su mera presencia. Tras emitir un pequeño grito, se alejó apresuradamente por el pasillo. Así supe que ya no volvería a pasar cerca de mi pupitre. Por tanto, podía seguir leyendo sabiendo que ella no me volvería a molestar. Todos mis compañeros se rieron, incluso el impresentable y repulsivo Duane. Mis ojos volvieron a concentrarse en la noticia:



El dormitorio principal se hallaba en el mayor desorden: los muebles, casi todos rotos, habían sido lanzados en todas direcciones. El colchón de la cama aparecía tirado en el suelo. Sobre una silla había una navaja manchada de sangre. Detrás de la puerta, apoyado en la pared, un fusil de tamaño medio. Sobre la chimenea, dos o tres largos y espesos mechones de cabello humano igualmente empapados en sangre daban la impresión de haber sido arrancados de raíz. Se encontraron varios jarrones hechos añicos tirados por el suelo, así como varios ramos de flores, dos quinqués, tres cucharas grandes de plata, tres tenedores también de plata.... Los cajones de una cómoda



situada en un ángulo habían sido abiertos y aparentemente saqueados, aunque quedaban en ellos numerosas prendas. También se descubrió una pequeña caja fuerte de hierro debajo de la cama. Estaba abierta y con la llave en la cerradura. No contenía nada, aparte de unas viejas cartas y papeles.



Me quedé en silencio tras leer la noticia. Me impresionó todo lo que se relataba en el informe, pero especialmente la navaja ensangrentada y los cabellos arrancados de raíz. Pensé que debía de haber sido un crimen muy violento. A continuación, deduje que el móvil del delito tenía que ser el dinero. Por algo se trataba de dos mujeres adineradas. Si la caja fuerte estaba abierta y vacía, era porque alguien había robado. Últimamente, en Boston se producían hurtos en casas casi a diario. Sin embargo, había algo que me resultaba extraño. Si el móvil había sido el dinero, ¿por qué no se habían llevado los cubiertos de plata? Resultaban muy fáciles de vender. Tras meditar unos instantes, deduje que la noticia del diario estaba incompleta.



No informaban de cómo se había cometido el doble crimen. Ni tampoco de cómo las habían asesinado. La navaja manchada de sangre indicaba que había sido el arma del crimen. Pero... ¿y el fusil? ¿Lo habían utilizado? ¿Y los mechones arrancados de raíz? Era evidente que se había producido un brutal forcejeo. Sin embargo, ¿las dos mujeres habían muerto por los golpes recibidos? Tal vez no lo sabría hasta el día siguiente. Los periódicos iban dando la información de los sucesos con cuentagotas para que la gente los comprara todos los días. Era una técnica que utilizaban para vender más. Otra posibilidad era que la policía mantuviese bajo secreto algunos detalles del crimen. En los dos casos, tendría que esperar a tener más información.



Pensé en mi vecino, el señor Jones. El día anterior yo había llegado a creer que podía ser el asesino de las dos mujeres. No obstante, era lo único que había deducido tras leer la noticia: Jones no podía ser el asesino. No poseía la fuerza suficiente para haber destrozado así el mobiliario de la habitación. Tras un ataque al corazón del que había sobrevivido milagrosamente, parte de su cuerpo estaba paralizado. Era imposible que hubiera causado esos destrozos en la habitación. Y además, si los dos asesinatos se habían cometido con una navaja, como parecía indicar la sangre que se había encontrado en el



dormitorio, el señor Jones no hubiera tenido la fuerza suficiente para enfrentarse a las dos mujeres al mismo tiempo.



A la hora del patio, mientras devoraba las 7 galletas de mantequilla que me había preparado mi madrastra, continuaba pensando en el asesinato de las mujeres. Estaba acabando la galleta número 5 cuando vi como Laura Griffin, compañera de clase de Rosalie y una de sus mejores amigas, se acercaba a mí. Es una niña menuda, de ojos verdes y piel blanquecina, muy hermosa pero de frágil salud. Físicamente, no tiene nada que ver con su padre, un hombre alto y corpulento. Muchas veces, el rostro de Laura se congestiona debido a que, al igual que casi toda su familia, padece de alergia a las flores. Ni Laura ni su padre ni sus hermanos pequeños pueden acercarse a ellas. En la escuela decidieron sacar casi todas las plantas para que ni la joven ni sus hermanos tuvieran alguna reacción. Yo había visto en una ocasión a Laura sufriendo un ataque de alergia. Fue angustioso: no podía soportar el picor que le producía la piel, los ojos se le inflamaron tanto que no conseguía ver y no podía respirar.

Esta vez, frente a mí, la vi llorar desesperadamente, pero no por culpa de ninguna alergia sino





porque habían detenido a su padre, Adolphe Griffin, dueño de la tienda de comestibles situada a dos manzanas del lugar de los asesinatos. Soltó más de 20 lágrimas por cada ojo. Es decir, muchísimo. Un grupo de niñas, entre ellas Rosalie y Joanna, intentaba consolarla. Laura Griffin casi no podía hablar. Jadeando, nos dijo que la policía había detenido a su padre porque más de un vecino le había visto discutir acaloradamente con Camille y Berthe Lespan la noche anterior a que fueran asesinadas.

—Últimamente no pagaban la compra y mi padre, simplemente, les había reclamado el dinero atrasado —Laura hablaba con desespero.

Le habían detenido con una sola evidencia: que había sido la última persona que había visto a las dos víctimas con vida.

Joana, pensativa, abrazó a Laura Griffin para consolarla.

—Si declaran a tu padre culpable, puede ir a la horca —proclamó.

Mi hermana le dio un codazo para que se callara. ¡Cómo podía ser tan bocazas! La pobre Laura se había quedado blanca como la nieve.

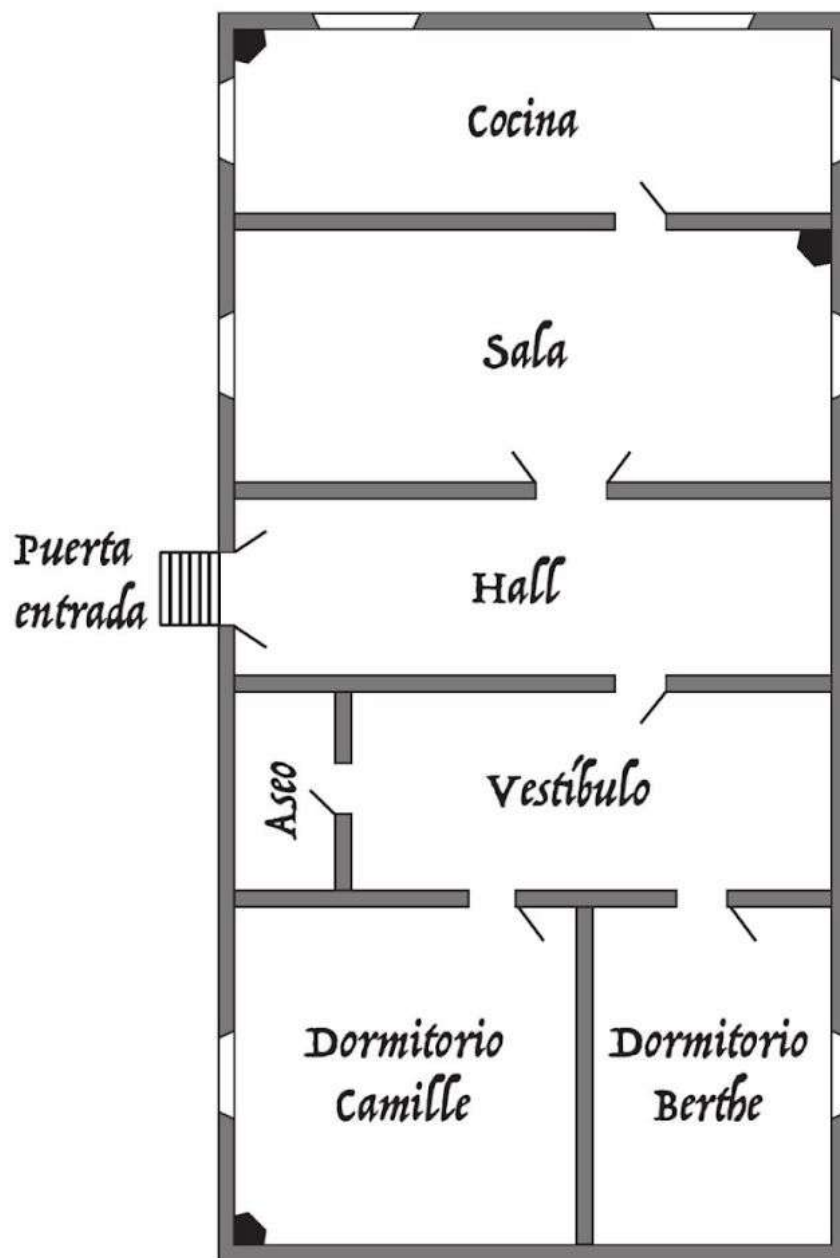
—Eso no pasará y punto final —decidí zanjar el tema.

—Eso no pasará y punto final —me secundó mi hermana.





Nos quedamos en silencio. Aunque nadie lo decía, todos pensábamos que, si declaraban al padre de Laura culpable, efectivamente, podría morir en la horca.






**PLANO APARTAMENTO CAMILLE
Y BERTHE LESPAN**

-  - Ventana
-  - chimenea

INVESTIGANDO POR MI CUENTA

 Yo conocía al señor Griffin desde hacía años y me costaba mucho creer que él fuera el asesino. Siempre me había parecido un buen hombre. Además, se porta muy bien conmigo; me regala caramelos cada vez que me envían a comprar a su tienda.

El gigante de Duane se acercó adonde nos encontrábamos mi hermana, Joana, Laura Griffin y yo. Para que todos pudieran escucharle, alzando la voz sentenció:

—Aquí está Laura Griffin, la hija del asesino del crimen de las mujeres de la calle Morgue.

Durante unos segundos se produjo un tenso silencio. Todos los niños que habían oído a Duane se quedaron mirando fijamente a Laura Griffin; algunos, como si ella fuera la culpable de los dos crímenes. Yo estaba furioso:

—Aunque el señor Griffin fuera el asesino, su hija no tendría nada que ver. ¡Deberíais avergonzaros de cómo la miráis!



Mi hermana también estaba indignada. Rodeó a Laura con sus brazos.

—¡Sí! ¡Deberíais estar avergonzados de cómo la miráis!

Laura Griffin empezó a llorar. Yo, furibundo, me dirigí hacia Duane con intención de embutirle el ojo de muerto en la boca, cuando Barbara Lance me detuvo. La profesora también quería regañarle.

—Al padre de Laura lo han detenido como sospechoso de un delito, pero todavía no se ha demostrado nada —sentenció—. Así que déjala en paz.

Duane se alejó cabizbajo mientras yo escrutaba a la profesora con agradecimiento. Por primera vez en mi vida sentí simpatía hacia ella.

Sin embargo, Duane había logrado su propósito. En pocos instantes, por la escuela corrió como la pólvora la noticia de que el padre de Laura había sido detenido. Algunos alumnos empezaron a insultarla. Clarie Johnson, una niña de apenas siete años, le dijo que deseaba con todas sus fuerzas que colgaran al señor Griffin. Y no solo ella. Más de uno que se dirigió a Laura como «la hija del asesino». En el patio de la tarde, dos alumnas que iban al mismo curso que Rosalie intentaron agredirla. Mi hermana vino a verme en busca de ayuda.

—O dejáis en paz a Laura o tomaré medidas —les grité—. Si os portáis mal, os haré comer el ojo de muerto que llevo en mi bolsillo.



Debí de mostrarme muy convincente, porque las dos niñas se alejaron a toda prisa. Laura, entre lágrimas, me dio las gracias por defenderla y me pidió que demostrara que su padre era inocente. Me produjo tanta tristeza verla así que le prometí que la ayudaría.



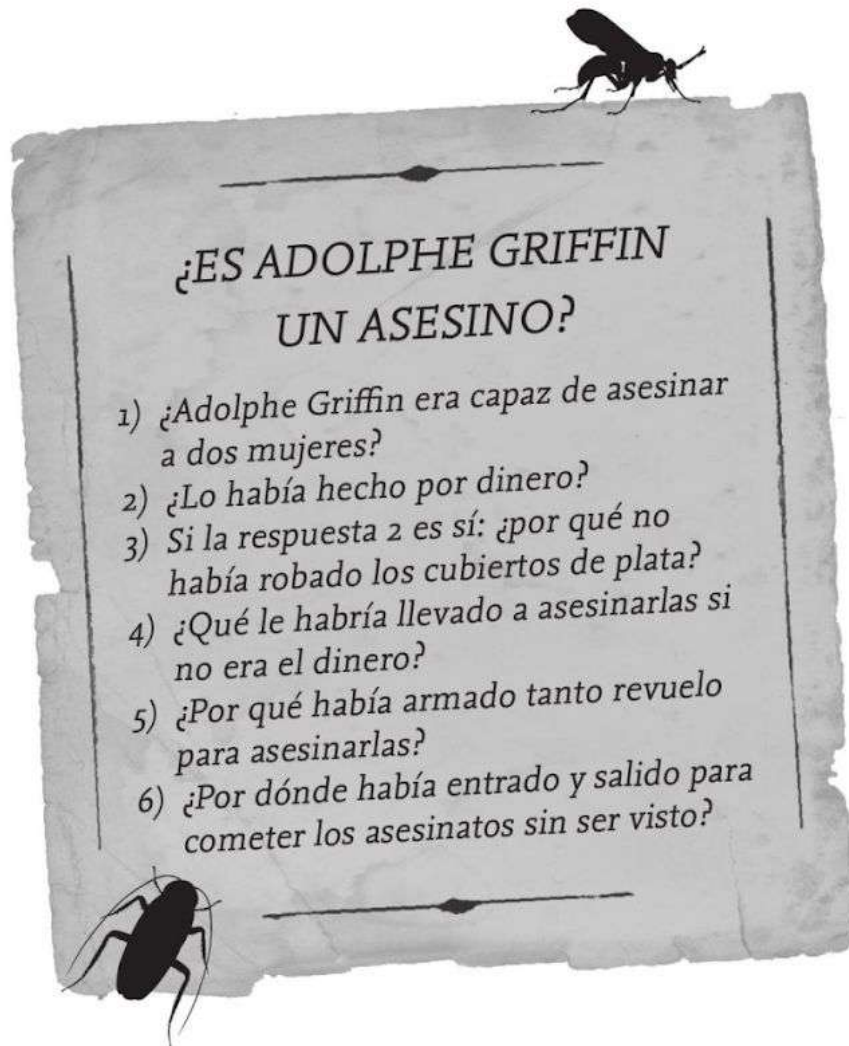
Por la tarde, una vez finalizadas las clases, Laura Griffin tuvo que salir de la escuela por una puerta trasera. El director así lo decidió para evitar problemas con los padres. Muchos ya sabían que Adolphe Griffin había sido detenido.

Yo acompañé a mi hermana hasta su casa y fui hasta la calle Morgue. Había decidido investigar por mi cuenta. Me situé frente a la casa donde se habían cometido los asesinatos. Se trataba de un edificio de construcción reciente, de dos plantas y tejado de piedra. Intenté imaginarme al señor Griffin entrando en el apartamento de Camille y Berthe Lespan. Él sí que tenía la corpulencia necesaria para enfrentarse a las dos mujeres, pero era incapaz de imaginármelo asesinando. Recordé la cara de tristeza de su hija Laura cuando me había contado que habían detenido a su padre. Tenía que demostrar su inocencia. Abrí mi cartera y de su interior saqué papel y lápiz. Me senté en un banco y escribí las cuestiones que





debía responderme para averiguar si Griffin era culpable o no. Se trataba de un método que yo utilizaba para solucionar todo tipo de problemas.



Miré detenidamente la lista de preguntas. Me concentré en la primera. Es cierto que, físicamente, Griffin podía ser el asesino. Laura me había contado que su padre había sido boxeador en su juventud. Sin duda, era capaz de enfrentarse a dos o más per-



sonas. No obstante, si realmente era un criminal, la siguiente cuestión era por qué lo había hecho. Difícil respuesta. Si lo hubiera hecho por dinero, no tenía sentido que no hubiera robado los valiosos cubiertos de plata. Era un hombre muy inteligente. A mí me impresionaba, por ejemplo, que hiciera las cuentas de los clientes mentalmente. Si hubiera matado a las dos mujeres, nunca hubiera causado tanto revuelo. Lo hubiera hecho con discreción. De lo contrario, hubiera demostrado muy poco sentido común. También era bien sabido que se ganaba la vida cómodamente. Su tienda siempre estaba a rebosar y en el último año había heredado varios terrenos de una tía abuela. Además, tenía fama de ser un hombre honrado. Pero había otra razón para deducir que no había sido él. Debido a su elevada estatura, no era precisamente ágil en sus movimientos. Alguien lo hubiera visto salir de la casa.

Estaba algo decepcionado con mi lista de preguntas porque no había sacado ninguna conclusión que exculpase a Griffin definitivamente, así que fui a hablar con algunos de nuestros vecinos. Tenía que encontrar alguna prueba concreta que demostrara su inocencia. Quería saber si alguien había visto algo extraño la mañana del doble crimen.

Primero fui a ver al panadero, al que conocía bien debido a que muchas veces yo soy el encargado de ir a comprar el pan. John Nieu, así se llama, me





dijo que se encontraba entre el grupo que entró en el edificio. No había visto al asesino, pero reconoció que, mientras subían las escaleras, había escuchado unos gritos aterradores que provenían del apartamento de las víctimas.

—Al llegar al primer descansillo, distinguí dos voces que discutían con fuerza y agriamente —declaró el panadero—. Una de ellas era gruesa y la otra aguda y, sobre todo, muy extraña.

Eso sí, estaba seguro de que esas dos voces no pertenecían ni a Camille ni a Berthe Lespan. Eran sus clientas desde hacía tiempo y hubiera reconocido su voz.

—¿Una de esas voces podría ser de Adolphe Griffin? —pregunté.

Nieu se encogió de hombros, no estaba seguro.

—Ya en el apartamento, me impresionó ver todo tirado por los suelos —continuó—. Después tuve que salir porque llegó la policía y nos ordenó salir a todos.

Me quedé pensativo. ¿Qué significaban sus palabras? ¿Que hubiera dos voces indicaba que habían sido dos los asesinos? ¿Por qué discutían? ¿La voz aguda era femenina? ¿Acaso una de las asesinas era una mujer? Pero también había oído otra voz. ¿Acaso los criminales eran un hombre y una mujer? El asunto me resultaba cada vez más extraño.





Incapaz de imaginarme al señor Griffin asesinando a las dos pobres mujeres, estaba dispuesto a ir a preguntar a la lavandería, cuya propietaria es la señora Molly Plany, cuando vi a lo lejos a la señora Grander, la Correveidile del barrio. No me apetecía aguantarla y giré en la primera calle a la izquierda para no toparme con ella. Así pude ver, de repente, a una pareja de novios que caminaban por la calle muy acaramelados. La muchacha portaba un gran ramo de margaritas que le había regalado su pretendiente. Me detuve y me quedé boquiabierto observándolos. El novio me miró con extrañeza. No entendía qué miraba en ese ramo. Me alejé corriendo. ¡Acababa de dar con la pista que necesitaba!

Regresé a la calle Morgue, donde había visto a la señora Grander, me dirigí a ella y la abracé exageradamente. A continuación, me fui a toda prisa. La Correveidile no entendía nada, pero yo le estaba agradeciendo lo que había hecho por mí. Para no tener que soportarla había cambiado de calle y, gracias a mi cambio de rumbo, me había topado con la pareja que me había dado la clave con la que podría demostrar la inocencia del padre de Laura.

Decidí ir a la Jefatura de Policía a comunicar mi descubrimiento, sin saber que, en ese lugar, estaba a punto de conocer a alguien que iba a cambiar mi vida.



EL INSPECTOR DUPIN



La Jefatura de Policía, sede central de la Policía de Boston, está aproximadamente a una milla de mi casa. Para llegar hasta ella tengo que atravesar el parque de las Bellas Artes y caminar 4 manzanas en dirección al puerto. En total, unos 1.850 pasos. Se trata de un edificio de dos plantas, sobrio y algo deteriorado.

En el generoso jardín que lo rodea vi a Brandy Bones pidiendo limosna. Me saludó ondeando su mano. El sol iluminaba con intensidad su cabello pelirrojo, dándole un brillo que hacía que pareciese que tenía luz propia. Tras dudar unos instantes, decidí entregarle la última galleta de mantequilla que me quedaba. Después de devorarla, me dio un gran abrazo. Brandy Bones es muy afable y agradecido, a excepción de cuando bebe alcohol. Nadie sabe bien cómo lo consigue, pero lo cierto es que cuando se emborracha se transforma en un joven violento y peligroso. Afortunadamente, eso solo ha sucedido en unas pocas ocasiones.



Crucé el portón que comunicaba con un vestíbulo amplio y luminoso donde los visitantes tenían que dirigirse a un enorme mostrador. Una docena de personas esperaba su turno. Como era la primera vez que entraba en ese edificio, formé un círculo en el suelo con mis pasos. El joven policía que estaba ahí atendiendo me miró de arriba abajo con extrañeza por lo que acababa de hacer. Después me acerqué al mostrador. Cuando le dije que tenía información sobre los crímenes de la calle Morgue, frunció el ceño al tiempo que negaba con la cabeza. ¡Como si un niño no pudiese tener información! Un crío de unos cuatro años lloraba desconsoladamente porque no encontraba su porción de pastel de chocolate. Sus padres lo habían dejado ahí comiendo mientras estaban siendo interrogados por un delito cometido en el edificio donde moraban. El agente se dirigió a mí.



—Tengo que cuidar al niño y no lo soporto, ¿no podrías hacer algo para que se callase? —bramó desesperado—. Dice que ha perdido su pastel de chocolate, pero yo creo que ya se lo ha comido.

Yo me encogí de hombros y a continuación me senté lo más lejos que pude del niño. Tras hacerme esperar un buen rato, el joven policía me hizo atravesar un pasillo que desembocaba en una puerta donde estaba grabado, con elegantes letras de oro, el nombre de Auguste Dupin, uno de los inspectores más afamados de Boston.



Me quedé impresionado en cuanto se abrió la puerta de su despacho. Estaba repleto de vitrinas y objetos bien curiosos, como un enorme globo terrestre o un esqueleto humano de tamaño natural. Intuí que de nuevo tendría que esperar, así que aproveché el tiempo para curiosear. Una de las vitrinas contenía las armas más comúnmente utilizadas para cometer asesinatos, desde pequeñas navajas hasta un arcabuz, pasando por un martillo o el típico bastón de anciano que en realidad es una espada. Otra vitrina estaba dedicada a los venenos. Contenía bellos frascos de cristal con arsénico, cianuro o mercurio. En otra vitrina, más pequeña, se mostraban diferentes medallas. Deduje que se trataba de condecoraciones que había recibido por su labor de inspector. Pero la vitrina que más me impresionó solo tenía un frasco. En su interior había un auténtico cerebro humano conservado en formol. Lo estuve escrutando durante unos instantes fascinado. ¿Cómo era posible que ese pedazo de carne fuera capaz de pensar?

Sobre el escritorio, vi diferentes objetos que el inspector, sin duda, utilizaba en su día a día: una lupa de aumento, unas pinzas para recoger pruebas o una cinta métrica. También había un reloj de arena y, no pude evitarlo, le di la vuelta y estuve mirando hipnotizado durante unos instantes cómo caía la arena del bulbo de vidrio superior al inferior. Después, mis ojos se posaron en el esqueleto





de tamaño natural situado junto a la mesa. Lo examiné detenidamente para averiguar si era verdadero. De nuevo, no pude resistirme. Necesitaba tocarlo para saber si era real o moldeado con yeso, así que me acerqué y le tomé la mano. Sin darme cuenta, uno de los dedos del esqueleto se desprendió y cayó al suelo. ¡Por mis muertos, qué desastre! ¡Me la iba a cargar! Me agaché para recogerlo e intenté colocarlo en su sitio, pero todavía fue peor. ¡Se cayeron otros tres dedos! Volví a inclinarme cuando oí como la puerta se abría. Era el inspector Auguste Dupin. ¡Qué vergüenza! ¡Me había pillado in fraganti! Pensé que me iba a regañar, pero me equivocaba. No pudo evitar reírse.



—Todos los jóvenes, y no tan jóvenes, que entran aquí quieren saber si este esqueleto es real.

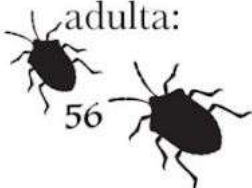
Me tranquilicé al oír sus palabras. Se trataba de un hombre de unos sesenta años, barba blanca y cejas muy pobladas. ¡Parecía el auténtico Santa Claus! Su nombre, de origen francés, se debía a que su abuelo paterno, Jacques Dupin, era parisino de nacimiento. Fumaba tabaco en una elegante pipa tallada en ébano. Me estrechó la mano.

—Y bien, joven, dime, ¿qué información tienes para mí? —me preguntó mientras daba una calada a su pipa.



Yo carraspeé para que mi voz sonase más grave y

adulta:



—Tengo la certeza casi absoluta de que Adolphe Griffin, al que además conozco personalmente, no es el asesino de las mujeres de la calle Morgue.

Debí de hablar con mucha seguridad, porque Dupin me escrutó con perplejidad:

—¿Y cómo lo puedes saber si ni siquiera conoces todas la pruebas?

Volví a entonar mi voz de estar «absolutamente seguro de lo que digo»:

—Solo necesito confirmar una información que he leído en el *Boston News*.

Dupin continuaba sorprendido por el aplomo que yo mostraba. Le pregunté si era cierto que habían hallado flores en el escenario del crimen, como había leído. El inspector arrugó el entrecejo; no comprendía por qué necesitaba esa información.

—Sí, había un ramo de rosas y otro de crisantemos —afirmó tras dar otra larga calada a su pipa.

Yo sonreí aliviado. Con esa confirmación, ya podía demostrar su inocencia. Le conté que conocía a toda la familia Griffin, tanto al padre como a sus tres hijos. Laura, la hija mayor, estudiaba en mi escuela, así como sus dos hermanos pequeños. Le dije que sabía que todos ellos eran fuertemente alérgicos a las flores:

—Cuando se acercan a un ramo de rosas o de tulipanes o de crisantemos, todos los miembros de la familia Griffin empiezan a estornudar estrepitosamente.





Después su rostro se congestiona, la piel de la cara se les llena de ronchas y de manchas, y así permanecen durante varios días.

Dupin no salía de su asombro. Empezaba a comprender lo que le estaba queriendo decir. Me interrumpió:

—Me estás diciendo que, si Adolphe Griffin no ha tenido ninguna reacción alérgica, significa que no ha estado en la casa donde se ha cometido el asesinato y, por tanto, es inocente.

Yo asentí orgulloso. El inspector me miró fijamente y me confesó que estaba impresionado por mi deducción.

Salí de su despacho con la cabeza bien alta. Estaba orgulloso de haber ayudado a la familia Griffin. Dupin me acompañó hasta el vestíbulo, donde el crío continuaba llorando porque no tenía su pastel de chocolate. Observé al joven agente; estaba desquiciado con su llanto, que no cesaba. Le señalé con mi dedo el paragüero.

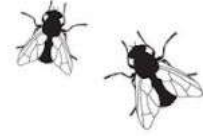
—Ahí —le indiqué.

El joven agente fue hacia el lugar donde estaba el paragüero. Detrás, en el suelo, encontró un pedazo del pastel. Lo recogió y, solo verlo, el niño se calló. ¡Qué alivio para todos! El agente sonrió entre agradecido y sorprendido:

—¿Cómo has sabido que estaba detrás del paragüero?



Yo sonreí, pero no le dije nada. No estaba dispuesto a revelar mi secreto: había visto a dos hormigas dirigiéndose hacia el contenedor de paraguas. Sin duda, estaban buscando algo dulce.



Esa misma tarde liberaron a Adolphe Griffin, tras comprobar que, efectivamente, era alérgico a las flores. Antes de dejarlo salir de los calabozos, le hicieron una prueba. Aproximaron un ramo de tulipanes a su rostro y, en pocos minutos, tal como yo había predicho, empezó a congestionarse. Su cara quedó enrojecida, y así quedaba demostrado que era alérgico y que, por tanto, no había estado en el escenario del crimen donde habían encontrado las flores.



Estaba a punto de anochecer cuando Laura vino a verme a mi casa acompañada de su tío para darme la buena nueva. No los invité a pasar porque mi padrastro estaba a punto de llegar. Laura se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla como señal de agradecimiento por haberla ayudado. Yo debí de poner una cara muy extraña, porque tanto Laura como su tío se echaron a reír. Laura me dijo que me había quedado pálido como la muerte. Miré a un





lado y otro de la calle y sentí cierto alivio. Por suerte, nadie me había visto. De lo contrario, sí me hubiera muerto de la vergüenza.



Al día siguiente, todos en la escuela sabían que habían liberado al señor Griffin de los cargos que le imputaban. Sin embargo, nadie supo que yo había tenido algo que ver con el asunto. Había pedido a Laura y su familia discreción absoluta para no tener problemas con mi padrastro.



De repente, muchos padres manifestaron su alegría tanto por Adolphe Griffin como por su hija Laura y sus hermanos mientras aguardaban a que abrieran las puertas de la escuela Saint James. La mala noticia era que la policía no tenía ningún sospechoso del asesinato de las dos mujeres. Eso significaba que el criminal continuaba suelto. La inquietud y el nerviosismo volvían a instalarse entre los padres.

Mientras esperábamos, vi que Charlie, el vendedor de periódicos del *Boston News*, se acercaba hacia nosotros cargado con sus diarios. Todos querían saber si había alguna novedad de última hora, con la esperanza de que ya hubieran detenido al culpable. El joven nos mostró el tablón que llevaba colgado en el pecho con la portada del día. Todos nos quedamos



en silencio porque, para sorpresa general, no hablaba del crimen de la calle Morgue, sino de otro suceso que todavía provocó mayor inquietud.

El titular de la portada del *Boston News* era tan breve como contundente:



¡NIÑO DE 8 AÑOS SECUESTRADO!

Michael Bloom, residente del barrio del Norte, de ocho años, ha desaparecido. Ayer por la tarde fue a comprar el pan y no ha regresado a su casa.

Los padres enmudecieron al leer la noticia, en especial los que tenían hijos pequeños. Muchos temían lo peor porque, a esa edad, un niño es completamente indefenso. El tenso silencio solo fue interrumpido por la voz del padre de un alumno de la misma edad del niño secuestrado:

—¿Y si se trata de un acto cometido por el mismo criminal de las dos mujeres?

Todos recordaban a John Cina, un asesino en serie que durante dos años mantuvo en vilo a la ciudad. Estranguló a 15 personas, todas de Boston.



Afortunadamente, había sido capturado meses atrás y estaba a la espera de juicio. Pero, sin duda, lo que había comentado aquel padre les había impactado. El barrio del Norte, donde había desaparecido el niño, es colindante con el de las Bellas Artes, donde se había producido el asesinato de la calle Morgue y donde se encontraba nuestra escuela. Sí. Podría ser el mismo autor. Un desalmado. Si antes estaban asustados, tras conocer la desaparición del pequeño Michael Bloom lo estaban mucho más. Algunos padres mandaron llamar al director de la escuela y le exigieron protección policial. El director se presentó instantes después para intentar tranquilizar a la muchedumbre, comprometiéndose a cerrar las puertas del recinto en cuanto todos los alumnos entraran. Además, dijo que hablaría con la policía para que ofreciera protección y vigilancia por toda la zona. Por último, recomendó a los padres que acompañaran a sus hijos desde la escuela hasta sus casas.



Esa mañana, Charlie se sentía satisfecho porque había vendido tres ejemplares en la puerta de la escuela. Yo intenté que uno de los padres que acababa de comprarle uno me dejara ojearlo para saber si decía algo más del doble crimen de la calle Morgue. Me apartó bruscamente alegando que leer noticias



no era propio de chiquillos. Entonces, vi como Charlie se alejaba del lugar y, aprovechando que Rosalie estaba con sus amigas, fui corriendo tras él. Le pregunté si me podía dejar ver uno de los diarios unos minutos, pero él negó con la cabeza.

—Tengo que apresurarme. Aquí no venderé más y mi jefe hoy me ha entregado un montón de ejemplares. Si no me espabilo, me despedirá —afirmó.

A continuación, salió disparado en dirección al centro de la ciudad. Yo regresé a la escuela convencido de que no sabría nada más del doble crimen de la calle Morgue hasta el día siguiente.



Esa jornada en que nos enteramos del secuestro de Michael Bloom, hubo un extraño silencio en las clases, como si los padres hubieran contagiado la preocupación a los hijos. La noticia nos hacía pensar que cualquiera de nosotros podía ser víctimas de un secuestro o de un asesinato. Incluso el gigante Duane se mostraba preocupado y no molestó a nadie.

Cuando acabaron las clases, habían más padres de los habituales recogiendo a sus hijos. Sin embargo, ni mis padrastros ni los de mi hermana vinieron a recogerlos. Es más, estoy convencido de que a mi padrastro ni siquiera le hubiera importado que me pasase algo malo.






Rosalie me preguntó si era peligroso que volviéramos los dos solos a nuestras casas. Yo le dije que no, que conmigo podía estar tranquila; pero la verdad es que, como todos, sentía cierto temor. No había pistas del asesino de la calle Morgue y, encima, lo de la desaparición del otro niño no era una noticia tranquilizadora. El día tampoco ayudaba a animar el ambiente. El cielo tenía un aspecto tétrico, como si estuviera tintado de negro. Eran solo eran las cuatro de la tarde, pero parecía que estaba anocheciendo. Miré hacia arriba intuyendo que algo malo nos iba a suceder.



NOS PERSIGUEN EN LA OSCURIDAD



Mientras rodeábamos el parque de las Bellas Artes, mi hermana y yo nos dimos cuenta de que alguien nos seguía a lo lejos. Asustada, Rosalie se aferró más a mi mano. Aceleramos el paso. Una enorme sombra se perdía entre los árboles del parque. ¿De quién se trataba? ¿Y si era el autor de los asesinatos de la calle Morgue? ¿O el secuestrador del niño de ocho años Michael Bloom?

Mi hermana, aterrorizada, empezó a gemir. Le pedí que se tranquilizara, aunque, la verdad sea dicha, yo también estaba preocupado. El viento soplaba con violencia y azotaba las copas de los árboles produciendo extraños sonidos. Hasta parecía que los pájaros huían. Una bandada de gorriones sobrevoló la calle a una velocidad inaudita. Por un extraño efecto de la luz, algunas ramas parecían los brazos de gigantes monstruos, como si se tratara de los guardianes de la tormenta que se avecinaba.



Avivamos más el paso. De nuevo, al girarme, vi la inquietante sombra que de repente se detenía. Le grité a mi hermana que corriera todo lo que pudiera, pero entonces tropezó con una rama que se acababa de caer por un golpe de viento y había atravesado el camino. Inevitablemente, Rosalie se cayó al suelo al tiempo que gritó dolorida. Le tendí mi mano para ayudarla a levantarse y me di cuenta de que ya era demasiado tarde para huir. Casi podía sentir los pasos de nuestro perseguidor. Encima, me dijo que se había torcido el pie. Yo me temí lo peor: que fuéramos atacados.

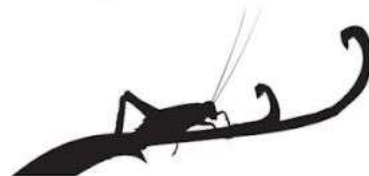


Mi sorpresa fue mayúscula cuando por fin pude identificarlo. No era ningún asesino, ni un secuestrador, ni siquiera era un adulto. Se trataba de Charlie, el vendedor de periódicos. Todavía llevaba colgado en su pecho el tablón con la portada del periódico. Nos confesó que, al final del día, le cansaba soportar el peso del anuncio y eso explicaba que de vez en cuando tuviera que detenerse. Se dio cuenta de que nos habíamos asustado y se disculpó. Entre los dos ayudamos a mi hermana a incorporarse. Por suerte, podía mover el pie; solo había sido una pequeña torcedura.

—¿Por qué nos perseguías? —le pregunté.

—¿Por qué nos perseguías? —repitió mi hermana.

De su saco de periódicos, Charlie extrajo un ejemplar. Me lo entregó. Esa misma mañana yo le



había pedido uno para informarme de los crímenes de la calle Morgue.

—Este periódico se ha arrugado y ya no puedo venderlo —me confesó—. Es para ti. Así que no hace falta que me lo devuelvas.

Acto seguido, para mi sorpresa, se acercó a mí y me abrazó. Me dijo que siempre me estaría agradecido porque, gracias a mí, había vendido su primer ejemplar. Se separó de mí y, esta vez, se alejó lentamente. Pensé que su oficio era agotador y que yo tenía la suerte de no tener que trabajar.

Instantes después, mi hermana y yo reemprendimos la marcha. La acompañé hasta su casa y luego me dirigí a paso raudo a la calle Morgue. Entre su casa y la mía había exactamente 234 pasos. En cuanto llegara, me encerraría en mi habitación para leer el periódico que me había dado Charlie. Estaba impaciente por conocer las últimas noticias sobre el asesinato de las dos mujeres.



Al llegar a la calle Morgue me encontré una muchedumbre, esta vez agolpada frente a la mansión donde vivían los hermanos Usher. A muchos de esos curiosos los conocía del barrio. Entre otros, vi a John Nieu, al señor Jones y, por supuesto, a la señora Grandeur. Esta vez no intenté escaparme; pensé que





me interesaba hablar con ella para que me contara, con pelos y señales, lo que estaba sucediendo.

—Acusan a Roderick Usher de ser el asesino de las dos mujeres de la calle Morgue —la Correveidile hablaba muy rápido—. La policía ya ha entrado en la mansión y todo parece indicar que lo están interrogando.

La señora Grander empezó a divagar sobre el lugar de la casa donde le harían las preguntas al sospechoso: que si en la sala, que si en la cocina o que si en la habitación. Me daba detalles que no me interesaban lo más mínimo, así que la interrumpí para preguntarle por qué sospechaban que Roderick Usher era el autor de los crímenes.

—Alguien lo vio entrar en el edificio donde vivían la dos mujeres poco antes de que se produjeran los asesinatos.

—¿Quién? —de nuevo la interrumpí

La Correveidile admitió que lo ignoraba. Creía que alguien del barrio lo había denunciado de forma anónima. Recordé la tarde en que sacaron los cadáveres de la casa. Yo había visto a Roderick asomado a la ventana de su casa. Solo por eso ya casi estaba convencido de que él era inocente; de no ser así, no hubiera estado junto a la ventana para llamar la atención. Además, una cosa es ser raro y otra ser un asesino. Nunca había hablado con Roderick Usher, pero sentía un especial aprecio hacia aquel



hombre y su hermana a quienes, como a mí, juzgaban por sus apariencias.

Roderick y Madeleine Usher vivían prácticamente encerrados en su casa tenebrosa; apenas compraban comida y solo salían al anochecer. Algunas personas decían que no eran hermanos, sino amantes; otras aseguraban que se alimentaban de muertos, y había quien prefería decir que se encontraban gravemente enfermos. En el jardín de la casa estaban enterrados la mayoría de sus antepasados. Últimamente, los vecinos todavía sentían más recelo hacia ellos debido a que el jardín de su casa se había inundado por un escape del pozo. Temían que los muertos, ahora que sus sepulturas se habían anegado, empezaran a recorrer el barrio en busca de otros hoyos donde refugiarse.

En realidad, todo lo que se decía relacionado con los hermanos Usher solo eran rumores. Nadie los había visto hacer nada malo. Yo estaba seguro de que Roderick Usher era sospechoso simplemente por ser raro. Además, era evidente que la policía necesitaba hacer una detención para calmar los ánimos de los vecinos.

Roderick salió de la casa con la cabeza baja. Avanzaba por el camino embarrado que llevaba a la entrada. Algunos vecinos le gritaron «asesino» e incluso hubo alguien que le arrojó varios tomates que impactaron en su cuerpo. Su hermana, *lady*





Madeleine, una mujer muy hermosa, lloraba desconsoladamente junto a la puerta. A ella también la estaban insultando y se tuvo que parapetar tras la puerta para esquivar los huevos que le acababan de arrojar. Alguien vociferó que los dos hermanos estaban mal de la cabeza.

Durante unos instantes, los ojos de Roderick se cruzaron con los míos. Me pareció que me estaba pidiendo ayuda. Me produjo mucha lástima verlo así, arrastrando los pies, como si sus botas enlodadas no quisieran avanzar.



La Correvedile continuaba hablándome, pero yo ya no podía aguantarla más. Me empezaba a doler la cabeza, así que decidí utilizar la maldición de los ojos en blanco para que me dejara en paz. Se trata del ritual que practican los incas para asustar a los malos espíritus. Puse los ojos en blanco y carraspeé para llamar su atención. Realmente, poner los ojos de esa manera proporciona un aspecto fantasmagórico. Cuando la señora Grander me vio, dio un grito de terror y se alejó. Yo aproveché para ir a hablar con uno de los policías que custodiaban la casa. Le pregunté qué pruebas tenían para detener a Roderick Usher. El agente me miró con desprecio, como si por ser niño no tuviese derecho a preguntar.



Estuve a punto de decirle que era amigo del inspector Auguste Dupin, pero preferí permanecer en silencio.




Por la noche, mi padrastro se dedicó a celebrar que habían detenido a Roderick Usher. Con esa excusa bebió el doble de lo habitual para él. En total, 8 copas de vino, además de 1 copa de Oporto de sobremesa. Una barbaridad. Como casi todos los vecinos, no tenía dudas de que Usher era el asesino. Para mí, la única ventaja de que bebiera era que, con un poco de suerte, tras la cena se quedaría dormido en la butaca de la sala roncando como un cerdo. Así, yo podría irme directamente a mi dormitorio. Estaba impaciente por leer el periódico que me había regalado Charlie. Tenía la esperanza de encontrar alguna prueba que exculpase a Roderick Usher.

Le pedí a Neverland que se situara tras la puerta de mi habitación y me avisara si venía alguien. Mi padrastro continuaba roncando, pero era capaz de despertarse en cualquier momento. También podía recibir la visita de mi madre adoptiva, que se había quedado bordando en la sala.






Situé el periódico que me había regalado Charlie sobre la cama. Quería analizar todo lo que decía con tranquilidad. Leí con mucho detenimiento la noticia que encontré en la página 3.



CONTINÚAN CONOCIÉNDOSE DETALLES DEL DOBLE ASESINATO DE LA CALLE MORGUE



En el dormitorio principal, junto al pie de la chimenea, se encontró una gran cantidad de hollín, ceniza y madera quemada, lo que levantó las sospechas de la policía. Por ello se procedió a registrarla, encontrándose en su interior (¡algo horrible de describir!) el cadáver de la hija, Berthe Lespan, cabeza abajo. Alguien la había metido a la fuerza por la estrecha abertura de la chimenea empujando hacia arriba. El cuerpo estaba aún caliente. Al examinarlo, se advirtieron numerosas heridas, producidas, sin duda, por la violencia con que fue introducido. También tenía profundos arañazos en el rostro. En la garganta, se vislumbraban contusiones negruzcas y profundas huellas de uñas, como si la víctima hubiera sido estrangulada.

Dejé de leer al oír el graznido de Neverland. Instantes después, como cada vez que presagiaba presencia humana, el cuervo se escondió rápidamente en el saliente de la ventana de mi habitación al tiempo que yo colocaba el diario debajo de la cama.

Lo cierto es que me fue bien hacer un pequeño descanso, porque lo que había leído me había impresionado. ¡Todo era tan macabro que hasta me estaba mareando!

Mi madrastra entró en mi habitación con un vaso de leche y 6 galletas de mantequilla. Solo verlas me relajó. Afortunadamente, mi padre adoptivo continuaba durmiendo a pierna suelta.

—Yo también estoy a punto de irme a la cama —le dije.

Mi madrastra me dio un cálido beso en la frente y se alejó. Así, tras meter la galleta 1 y 2 en mi boca al mismo tiempo, me concentré nuevamente en el periódico.



Después de una cuidadosa búsqueda en las otras estancias de la casa sin que apareciera nada nuevo, la policía se introdujo en un pequeño patio pavimentado de la parte posterior del edificio y ahí encontraron el cadáver de la madre, Camille Lespan, la cual había sido degollada salvajemente. El cuerpo presentaba lesiones de todo tipo, incluyendo la fractura de varios huesos y magulladuras profundas. Además, tenía las heridas y contusiones propias de una caída desde un segundo piso. A pesar de tan horribles visiones, por el momento no se ha encontrado la menor clave que permita solucionar tan escalofriante misterio. La policía de Boston seguirá informando.



Llegué al final del texto con el corazón encogido. ¿Quién habría sido capaz de asesinar con tanto ensañamiento a las dos pobres víctimas? Solo una persona que estuviera mal de la cabeza. Pero yo me negaba a creer que fuera Roderick Usher. El crimen había sido tan brutal que cabía otra posibilidad: que no lo hubiera cometido una sola persona, sino un grupo. Eso todavía exculpaba más a Roderick, un hombre demasiado solitario y huraño. No me lo imaginaba planeando un asesinato en grupo. Leí la noticia del periódico hasta 15 veces, pero seguí sin dar con ninguna pista.

Finalmente, escribí una lista con todos los elementos que aparecían en la escena del crimen.



ELEMENTOS DEL CRIMEN

- Caja fuerte abierta
- Chimenea
- Jarrones de flores hechos añicos
- Flores
- Papeles
- Navaja
- Fusil
- Tres cucharas grandes de plata y tres tenedores también de plata
- Numerosas prendas de ropa
- Muebles



Estuve un largo rato escrutando esa lista, leyendo esas palabras, como esperando que por el simple hecho de fijarme en ellas se me iluminaran las ideas para exculpar a Roderick Usher. Sin embargo, pasaba el tiempo y no descubría nada que demostrara su inocencia.



Poco a poco, me fue entrando sueño. Apagué la vela y en la oscuridad noté la pequeña lengua de Neverland en mi cuello. Cada noche se despedía de mí con un suave picotazo.

Y, así, de repente, en la negrura, recordé haber visto las botas embarradas de Roderick Usher.

Esbocé una sonrisa. Había dado con la prueba que necesitaba para demostrar su inocencia.





RODERICK USHER NO ES UN ASESINO



Al día siguiente me desperté más temprano de lo habitual. Tras levantarme de la cama pisando el suelo primero con el pie derecho, me asecé, me vestí y desayuné a toda velocidad para ganar tiempo. Después fui a recoger a mi hermana y le dije que, antes de ir a la escuela, tenía que acompañarme a la Jefatura de Policía. Tuve que confesarle que había descubierto algo en relación con los asesinatos de la calle Morgue y que mi deber era hablar con Auguste Dupin.

—Voy a conocer a un inspector de la policía, ¡qué emocionante! —proclamó mi hermana.

Le conté que la tarde anterior, tras acompañarla a su casa, habían detenido a Roderick y que yo podía ayudar a demostrar su inocencia. Al darse cuenta de que tendría que caminar más, Rosalie protestó un poco; le dolía el pie que se había torcido la tarde anterior. Me lo mostró; realmente estaba hinchado. Lo único que la consoló fue que, si íbamos a ver a Dupin, seguramente nos saltaríamos unas horas de clase.



En la Central, el joven policía que atendía tras el mostrador sonrió al verme de nuevo. Por fin nos presentamos; me dijo que se llamaba Kevin Miles. Tras saber mi nombre y el de mi hermana, me preguntó si quería ver al inspector Dupin. Yo asentí. Nos acompañó hasta su despacho, donde Rosalie también se quedó impresionada al ver las vitrinas y, en especial, el esqueleto situado junto a la mesa. Quise advertirle de que no lo tocara, pero llegué demasiado tarde. Mi hermana tomó su mano y dos dedos cayeron al suelo. Lo mismo que me había pasado a mí. ¡Por mis muertos, qué vergüenza! Le grité que teníamos que arreglar la mano. En el momento en que los dos nos agachábamos para recoger los dedos del suelo, entró Dupin. ¡De nuevo me había pillado in fraganti! Soltó una sonora carcajada.



—No os preocupéis si se rompe el esqueleto. ¡Peor que muerto no estará!

Los tres nos reímos. El inspector saludó a mi hermana al tiempo que la ayudaba a incorporarse. A continuación, me estrechó la mano y nos invitó a sentarnos. Mientras Dupin se concentraba en encender su pipa, Rosalie se acercó a mí y me susurró que se parecía a Santa Claus. Yo le di un codazo para que se callara.

Entonces Dupin se dirigió a mí. Su voz y su forma de mirarme demostraban que estaba intrigado por mi visita:



—¿Qué tienes que decirme, joven? —preguntó.

Puse mi voz de estar «absolutamente seguro de lo que digo»:

—Estoy convencido de que Roderick Usher no es el asesino.

Dupin, con el rostro pensativo, dio una profunda calada a la pipa. Usher era el segundo sospechoso que la policía detenía en el caso de la calle Morgue y yo me presentaba, por segunda vez, en la Jefatura para demostrar su inocencia. Otra vez iba a desmontar la teoría oficial. Dupin negó con la cabeza.

—Yo, la verdad, tampoco estaba muy convencido de su detención; pero mis jefes me han obligado a tomar medidas —reconoció.

—¿Y por qué le han detenido precisamente a él?

Me explicó que la noche anterior habían recibido la visita de un hombre que declaró haber visto a Roderick Usher entrando en la casa de las víctimas. Le pregunté quién lo había denunciado. Dupin se encogió de hombros. El informador se había acogido a su derecho de permanecer en el anonimato. Solo lo había visto el agente que estaba de guardia esa noche, quien estaba obligado a no desvelar su nombre.

—Nos presionan para que resolvamos el caso porque empieza a haber mucha alarma social —añadió.

Me di cuenta de que el inspector se sentía incómodo al hablar de Usher, como si quisiera cambiar de tema. Tras dar otra calada a su pipa, se fijó en mi





hermana Rosalie, quien, aburrida por nuestra conversación, estaba hojeando uno de sus cuadernos de la escuela. En una de las páginas había dibujado un enorme orangután que había copiado de una lámina de la biblioteca de la escuela.

—Tienes una gran destreza para dibujar —dijo con admiración el inspector.

Rosalie, feliz por su comentario, le contó que estaba haciendo un trabajo sobre la fauna salvaje y la naturaleza.

—Tengo que dibujar los grandes mamíferos de Asia: el elefante, el tigre y el orangután de Borneo —añadió.

Tras un silencio, por fin Dupin volvió a dirigirse a mí.

—¿Cómo has llegado a la conclusión de que Roderick Usher es inocente?

Mi momento de gloria estaba a punto de comenzar. Solo necesitaba dos palabras para contestar a su pregunta:

—Las botas.

Dupin frunció el ceño y me preguntó:

—¿Botas? ¿De qué botas hablas?

Le conté que el jardín que rodeaba la mansión de la familia Usher se había inundado hacía unas semanas debido a la rotura de un antiguo pozo. Todo el terreno se había convertido en un gran fangal. Como todavía no habían arreglado el pozo, continuaba



saliendo agua y las plantas habían muerto anegadas. El camino de piedra que comunicaba la calle con la puerta principal de la casa también era un lodazal.

Dupin empezaba a comprender por dónde iba. Yo continué con mi argumentación:

—Eso significa que cada vez que alguien entra o sale de la casa Usher tiene que pasar por el barro. Por tanto, es inevitable que el calzado que lleve se acabe enfangando. Si Roderick Usher hubiera entrado en casa de las dos mujeres, debería haber restos de lodo en las escaleras o en algún lugar del apartamento donde se encontraron las víctimas.

Dupin me miró boquiabierto, sin duda pensando que mi deducción tenía una gran lógica. Además, el inspector recordó, que cuando Roderick llegó a la Jefatura de Policía para ser trasladado a los calabozos, dejó un rastro de lodo por donde pasaba, al igual que los dos agentes que lo custodiaban. Ellos también habían entrado en la mansión Usher. Es cierto que el presunto sospecho podía haberse limpiado las botas antes de entrar en la casa de las dos mujeres, pero resultaba casi imposible extraer totalmente el barro de cualquier tipo de suela de calzado.

El inspector me prometió que seguiría esa línea de investigación para aclararlo. Me levanté de la silla y le pedí a Rosalie que hiciera lo mismo. Le dije que debíamos ir a la escuela porque, de lo contrario, llegaríamos muy tarde. Mi hermana protestó.





—Me duele mucho mucho mucho el tobillo —sollozó.

Estaba claro que, como siempre, exageraba. Casi tuve que arrancarla de la silla. Salimos apresuradamente del despacho, sin percatarnos de que el inspector Dupin estaba detrás de nosotros. El inspector pidió a Kevin que llamara a un carruaje para que nos llevara a la escuela. Rosalie dio saltos de alegría; se acercó a Dupin y lo besó en la mejilla. Desde luego, su tobillo lo iba a agradecer. Eso sí, por discreción le pedí al inspector que nos dejara a dos manzanas de la escuela para que no nos vieran llegar. Si se enteraban de que yo colaboraba con la policía, también lo sabría mi padre adoptivo y eso sería catastrófico.



Gracias a Dupin llegamos a tiempo a las clases. Al acercarnos, pudimos ver a 4 oficiales de la policía que custodiaban la zona. Su presencia había tranquilizado a los padres de los alumnos. Y no solo eso. También la noticia de la detención de Roderick. Naturalmente, nadie sabía que yo había hablado con Dupin.

Nos cruzamos con Charlie, quien, como siempre, iba con prisas. No obstante, se detuvo unos segundos frente a nosotros para decirnos que Roderick ocupaba la portada del *Boston News*. Del secuestro del niño



de ocho años, Michael Bloom, no había novedades. Mi hermana estuvo a punto de decir que esa noticia estaba desactualizada, pero no lo hizo al sentir el codazo que le di. Luego, le susurré que Dupin tenía que confirmar lo que yo le había dicho antes de hacerlo público.



Esa misma tarde, cuando finalizaron las clases, mi hermana y yo estábamos de regreso a nuestras casas cuando tuvimos un mal presagio. Un gato negro se nos cruzó por delante. Nos miramos con preocupación. Los dos sabíamos que la presencia de un gato negro significaba mala suerte y desgracias. Instantes después vimos a lo lejos un misterioso carruaje de color negro arrastrado por un caballo azabache. Tras haber visto el gato negro, estábamos convencidos de que nos iba a suceder algo nefasto. El cochero llevaba un sombrero de ala ancha que no dejaba ver su cara. El carruaje se acercaba hacia nosotros a una velocidad fuera de lo normal. ¿Quién lo conducía? ¿Y si se trataba de alguien que quería secuestrarnos? Tanto mi hermana como yo pensamos en Michael Bloom y aceleramos el paso. Sin embargo, inevitablemente, el carruaje nos alcanzó.

Me di cuenta de que el cochero llevaba una enorme escopeta. ¡Ese hombre iba a secuestrarnos!





Entonces se abrió la puerta. En su interior se encontraba Auguste Dupin. Nos había venido a buscar en la carroza de incógnito de la policía, un transporte que utilizaban para vigilar sin ser vistos. ¡Qué alivio! El inspector se dirigió a mi hermana:

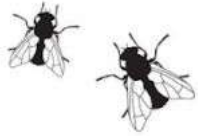
—Vengo a recogeros. No quiero que os canséis. En especial, he pensado en Rosalie.

Mi hermana estaba encantada con Dupin. Se le quedó una sonrisa en el rostro que le duraría horas. Ni ella ni yo estábamos acostumbrados a que nos trataran bien. Rosalie bajó del carruaje eufórica.

—No les digas nada ni a tus padrastros ni a los míos sobre Auguste Dupin —le advertí antes de que entrara en su casa.

En cuanto dejamos a mi hermana, fuimos hasta la Jefatura. Durante el camino, Dupin me dijo que había confirmado mi teoría sobre las botas. Efectivamente, habían estado buscado marcas de barro en la casa de la calle Morgue donde se habían cometido los asesinatos y no habían encontrado ni una pequeña muestra de lodo. Ni en el apartamento ni en las escaleras. También habían comprobado que todo el jardín de la mansión Usher se encontraba anegado desde hacía semanas. Eso significaba que yo, una vez más, tenía razón. Roderick Usher no había estado en la escena del crimen y, por tanto, era inocente. Yo sonreí orgulloso de haber podido ayudar a mi vecino «raro».





Dupin y yo entramos juntos en el vestíbulo de la Central. Eso hizo que yo me sintiera importante. Saludamos a Kevin los dos al mismo tiempo y, a continuación, fuimos a su despacho. Tras sentarme frente a su escritorio, Dupin admitió que empezaban a estar desesperados. Sus jefes le exigían que encontrara al culpable de los asesinatos de la calle Morgue. Y también urgía saber si ese doble asesinato tenía algo que ver con Michael Bloom, el niño que había desaparecido y del que no había ninguna pista. Casi todos los policías de Boston patrullaban y rastreaban la ciudad en su búsqueda, de forma que el inspector se había quedado con pocos efectivos para resolver el caso de la calle Morgue.

Dupin notó que yo llevaba unos instantes sin escucharle. Efectivamente, yo había visto algo sobre el escritorio que no podía soportar. O hacía algo o sufriría un ataque de pánico. Se trataba de las tres plumas que el inspector utilizaba, colocadas una al lado de otra, sin ningún orden. La del centro tocaba a las otras dos. Ante la atenta mirada de Dupin, coloqué las tres plumas una al lado de la otra, separadas y en paralelo.

—No aguanto que ciertos objetos se toquen entre sí —le confesé.

Y a continuación añadí:

—Lo siento, ya sé que soy un poco raro.

Yo pensaba que iba a soltar una carcajada o a burlarse de mí, pero me equivocaba. Me confesó



que él tampoco soportaba utilizar calcetines, ni siquiera en invierno.

Se subió los pantalones hasta la rodilla y descubrí con sorpresa que sus piernas estaban desnudas.

—Todos los seres humanos somos únicos, ¿no te parece?

Me sentía dichoso frente a Dupin. Por fin había encontrado a alguien que me comprendía. Inclino su cuerpo más hacia mí.

—Quiero que me ayudes a encontrar al asesino de las dos mujeres de la calle Morgue —proclamó.

Me quedé mudo al oír su petición. Y, como yo no reaccionaba, él insistió:

—¿Me vas a ayudar? Edgar, ¿me has oído?

Yo continuaba inmóvil igual que una piedra. Y es que no daba crédito a que Dupin en persona, uno de los inspectores más afamados de Boston, me pidiera ayuda. Encima, añadió que había una recompensa económica para quien encontrara al criminal (o criminales). Si daba con la solución del caso, el dinero sería mío. Cuando me dijo la cantidad, me quedé petrificado. Para mí era una fortuna. Me pellizqué sin que él me viera porque quería asegurarme de que no estaba soñando. ¡Por mis muertos! ¡Qué daño me hice!

Rápidamente, vinieron a mi mente mis hermanos Rosalie y William Henry. Ese dinero nos sería muy útil para poder encontrar a nuestro verdadero



padre. Nos costearía una gran parte del importe del viaje a Irlanda, donde creía que estaba. Cerré los ojos para imaginarme el preciso y maravilloso instante en que mis hermanos, mi padre y yo nos reencontrábamos. Nuestro sueño de vivir juntos estaba más cerca de lo que pensaba. Los cuatro nos abrazábamos y entonces pasaba algo increíble. ¡Mi madre se acercaba a nosotros! ¡Los cinco formábamos una piña! Entonces oí la voz de Dupin:

—¿Por qué estás sonriendo, Edgar? ¿Estás bien?

Abrí los ojos y, de vuelta a la cruda realidad, pensé en mi padrastro. Nunca permitiría que yo trabajara para alguien que no fuera él.

—Lo siento, pero creo que no podré ayudarle —concluí.

Me sinceré. Le conté que mi padrastro era un hombre violento y agresivo, sobre todo cuando bebía, que más de una vez me había puesto la mano encima. Le hablé de Rosalie y de William Henry. Me reconfortó que Dupin me escuchara pacientemente. Así, descubrí que ese hombre me inspiraba confianza porque, sin darme cuenta, le estaba relatando mi vida. También le hablé de mis verdaderos padres. Le conté lo hermosa que era mi madre...

Dupin me interrumpió para decirme que él igualmente echaba en falta a la suya. Abrió un cajón y extrajo una pequeña medalla de porcelana donde estaba retratada su madre. Cuando le dije que yo



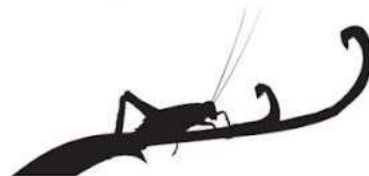


tenía una como la suya, los dos nos reímos. Teníamos muchas cosas en común.

—Si quieres, puedes ayudarme a dar con el culpable del caso de la calle Morgue sin que tu padrastro se entere —insistió Dupin—. Yo me comprometo a que así sea. Te pagaremos de forma que solo lo sepamos tú y yo.

Naturalmente, me moría de ganas de colaborar con él. No solo por el dinero, sino porque me parecía un reto apasionante. Quedamos en que al día siguiente visitaríamos el escenario del crimen. Antes de irme me entregó el informe policial del caso. Los documentos que incluían las declaraciones de todos los testigos a los que habían interrogado.

De repente, me percaté de que casi era de noche. Estaba convencido de que mi padrastro me mataría por llegar tan tarde. Salí corriendo de la Jefatura. Al llegar a mi casa vi una sombra en la ventana del vestíbulo. Seguro que era mi padrastro esperándome para abroncarme. Me acerqué lentamente. Entonces, la puerta se abrió. ¡Por suerte no era él! Era mi madrastra y, más que enfadada, parecía preocupada. Mientras me besaba en la frente hasta 10 veces, me di cuenta de que tenía los ojos llorosos. Ya pensaba que me había sucedido algo. Casi era la hora de cenar. Desde que había desaparecido el niño Michael Bloom, todas las familias se mostraban preocupadas cuando sus hijos se demoraban; pero me



hizo ilusión que alguien lo hiciera por mí. Yo ya tenía preparada mi excusa. Me inventé que había estado ayudando a hacer las tareas de clase a mi hermana. Luego, pregunté por mi padrastro.

—Se ha ido de viaje —mi madrastra ya estaba más tranquila—. Tenía que estar en Blade mañana a primera hora.

Blade es una pequeña localidad a unas veinte millas al norte de Boston, donde se encontraba el almacén de la maderas que se utilizaban para fabricar los ataúdes. Sonreí. Una noche sin mi padrastro. Me abracé a mi madre adoptiva con fuerza para celebrar que iba a librarme de él, al menos, una noche. Ella, muy poco acostumbrada a mis muestras de cariño, se dejó rodear por mis brazos gratamente sorprendida.

—Gracias por todo.

Me quedé atónito por las tres palabras que yo mismo acababa de pronunciar. Creo que era la primera vez que le agradecía su comportamiento conmigo. Como era de esperar, se puso a llorar como una magdalena. Pero se merecía mi agradecimiento. Siempre me defendía frente a mi padrastro. ¡Y hacía las mejores galletas de mantequilla de Boston y del mundo entero! Eso sí, tenía un gran defecto: se había casado con mi padrastro.

—No tienes por qué agradecerme nada —me dijo con la voz entrecortada.





De nuevo sonreí, esa noche solo estaríamos en casa los dos. Pensé en el trabajo que me había ofrecido Dupin. Con un poco de suerte, cobraría la recompensa. Encima, mi madrastra me había preparado las galletas de mantequilla: ¡12 galletas para mí solo! Estaba claro que estaba siendo mi día de la suerte.




Tras la cena, me fui a mi dormitorio. Estaba impaciente por leer el informe que me había dejado Dupin. Cuando estaba a punto de abrir mi cartera, un ruido llamó mi atención. Se trataba de Neverland, que acababa de aterrizar en el marco de la ventana. Luego se posó en mi hombro. También parecía contento. Me dio varios picotazos en el cuello.

—Tengo mucho trabajo, Neverland. Venga, tú vigila la puerta —le ordené.

Estaba convencido de que en esos papeles estaba la clave de los asesinatos.



EL MISTERIO DE LAS DOS VOCES

 Por fin abrí mi cartera y de ella extraje la carpeta que me había entregado Dupin con toda la información sobre las personas que habían sido interrogadas. Me puse manos a la obra. Primero, ojeé los papeles por encima. Vi los nombres de Adolphe Griffin y John Nieu, el panadero con el que había hablado cuando estaba intentado demostrar que el padre de Laura Griffin era inocente. Me concentré en el documento:

LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE

Diversas personas han sido interrogadas con relación al terrible y extraordinario suceso de la calle Morgue, pero nada ha trascendido que pueda arrojar alguna luz sobre la resolución del caso.

A continuación, se recoge el testimonio de algunos de los testigos que entraron en el número 25 de la calle Morgue la mañana del doble asesinato.



1) John Nieu, panadero, afirma que se encontraba entre el primer grupo que entró en el edificio. Declara que en el vestíbulo escuchó unos gritos aterradores que provenían de arriba. Al llegar al primer descansillo, pudo distinguir dos voces que discutían con fuerza y agriamente: una de ellas era gruesa; la otra, aguda y muy extraña. Según él, la voz aguda no hablaba en inglés, parecía italiana. No puede asegurar si se trataba de una voz masculina o femenina. Sin embargo, está convencido de que las voces no pertenecían ni a Camille ni a Berthe Lespan. En cuanto a la voz gruesa, era de hombre y le pareció que decía en inglés «My God!». Al entrar en el dormitorio principal, le impresionó ver todo tirado por los suelos. Después tuvo que salir porque llegó la policía y ordenaron a todos los curiosos despejar la zona.

2) Vincent Mupet, agente de policía, declara que al llegar al edificio de la calle Morgue encontró a unas diez personas reunidas que querían entrar. Derribaron finalmente la puerta con una barra de hierro. No les costó mucho destrozarla, pues se trataba de una puerta de dos batientes que no tenía pasadores ni arriba ni abajo. Los alaridos continuaron hasta que se abrió la puerta del apartamento de las dos mujeres; cesaron de golpe. Parecían gritos de una persona (o varias personas) que estaba sufriendo las más terribles torturas; eran gritos agudos y prolongados. Previamente, al llegar al descansillo del primer piso había escuchado dos voces que discutían con fuerza y agriamente; una de ellas era ruda y la otra mucho más aguda y extraña. Pudo entender algunas palabras provenientes de la primera voz, que hablaba en inglés.



Está seguro de que no se trataba de una voz de mujer. Pudo distinguir las expresiones «My God!» y «Terrible!». Asegura que la voz más aguda pertenecía a un extranjero. No podría asegurar si era de un hombre o una mujer. No entendió lo que decía, pero tenía la impresión de que hablaba en español.

3) Terry Odenheimer, cocinero. Lleva solo dos meses en los Estados Unidos de América. Como no habla inglés, declara mediante un intérprete. Es originario de Ámsterdam. Pasaba frente a la casa cuando oyó los gritos. Duraron varios minutos, probablemente diez. Eran prolongados y agudos, tan horribles como penosos de oír. Corrobora las declaraciones anteriores en todos sus detalles, salvo uno. Está seguro de que la voz más aguda pertenecía a un hombre y de que hablaba en inglés. No pudo distinguir las palabras pronunciadas, pero reflejaban tanto miedo como cólera. La voz más gruesa era masculina y dijo varias veces «Terrible!» y una vez «My God!».

4) William Bird, ayudante del sastre de la «boutique» París, situada en el número 10 de la calle Morgue, declara que formaba parte del grupo que entró en la casa. Fue uno de los primeros en subir las escaleras y entrar en la casa. Oyó voces que discutían, como si varias personas estuvieran luchando. La más gruesa era la de un norteamericano; hablaba en inglés. Pudo distinguir varias palabras: «Terrible!» y «My God!». La voz aguda parecía de una mujer que hablaba en alemán. El testigo reconoce que no comprende el alemán.



5) *Albert Montani, pastelero, de abuelos italianos, declara que la voz gruesa era de un hombre norteamericano porque hablaba en inglés. No pudo comprender las palabras dichas por la voz más aguda porque hablaba rápida y desigualmente. Cree que se trataba de un ruso.*

Los testigos mencionados coinciden en que la puerta del vestíbulo que daba a los dos dormitorios estaba cerrada por dentro. Cuando la forzaron, no encontraron a nadie; solo una ventana entreabierta, la del dormitorio principal. Reinaba un profundo silencio; no se escuchaban quejidos ni rumores de ninguna clase. Los testigos no están de acuerdo sobre el tiempo transcurrido entre el momento en que escucharon las voces que discutían y la apertura de la puerta de la habitación. Algunos sostienen que transcurrieron tres minutos; otros calculan al menos cinco minutos. Muchos otros vecinos han proporcionado testimonios coincidentes que no se reproducen aquí porque no aportan nada nuevo.


Levanté la vista del papel unos instantes. Estaba completamente perplejo por lo que había leído. ¿Cómo era posible que hubiera tanta confusión

respecto a las voces que se habían oído en la casa? En concreto, nadie se ponía de acuerdo con respecto a la voz aguda. Los testigos habían dicho que el acento que habían oído era español, ruso, inglés y hasta italiano. ¿Por qué, teniendo en cuenta que son idiomas tan diferentes? Impaciente, volví a concentrarme en el informe que me había entregado Dupin. Tal vez lo que iba a leer a continuación aclararía la confusión de los primeros testimonios. Mis ojos se posaron de nuevo en el documento.

No se ha encontrado a nadie que frecuentara la casa. Se ignora si Berthe y Camille Lespan tenían parientes vivos. Pocas veces se abrían las persianas de las ventanas delanteras. Las de la parte posterior, donde se encontraban los dos dormitorios, estaban casi siempre cerradas. La casa se hallaba en excelente estado y no era muy antigua.


A continuación, relatamos lo que declararon los testigos que conocían a las dos víctimas.

1) *Molly Plany, lavandera, manifiesta que conocía desde hacía tres años a las dos víctimas, la madre y su hija, de cuya ropa se ocupaba. Afirma que gozaban de buena salud y se mostraban sumamente cariñosas entre sí. Pagaban muy bien, pero eran extremadamente desconfiadas. Berthe, la hija, le confesó que habían comprado un fusil para defenderse. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando iba a*




buscar la ropa o la devolvía. Estaba segura de que no tenían ningún criado ni criada. Nunca vio entrar a nadie, salvo a un mozo de reparto que estuvo allí una o dos veces y a un médico que hizo un par de visitas.

2) Adolphe Griffin, dueño de la tienda de comestibles, declara que el día anterior al asesinato, las dos mujeres fueron a comprar a su establecimiento. Reconoce que discutió con la madre porque últimamente no pagaban la compra; según él, simplemente, les reclamó el dinero atrasado. Griffin no comprendía cómo, siendo tan ricas, eran tan avaras. Había sido la última persona que había visto a las dos víctimas con vida.




3) John Nieu, panadero, uno de los primeros en entrar en la casa el día de los asesinatos, también declara que conocía a las víctimas. Las define como muy calladas y discretas. Dos veces por semana iban a comprar pan a su establecimiento. Insiste en que las voces que oyó en el apartamento no pertenecían ni a Camille ni a Berthe Lespan.

4) Joseph Grant, banquero, de la firma Grant e Hijos, en la calle de la Independencia, esquina con la calle Morgue, declara que Camille Lespan poseía algunos bienes. Había abierto una cuenta en su banco diez años atrás. Hacía frecuentes depósitos de pequeñas sumas. No había retirado nada hasta tres días antes de su muerte, día en que personalmente extrajo la suma de 4.000 dólares. No sabe cuál es la razón por la que sacó el dinero. Declara que era desconfiada y que parecía obsesionada con que alguien quisiera robarle.



Camille la pidió que la ayudara a elegir un arma para defenderse. Joseph Grant le recomendó un fusil. El día del asesinato estaba de viaje de negocios en Nueva York.

Me detuve en este punto. Pensé que la información que proporcionaba el último testimonio, el banquero, era decisiva. La difunta había retirado una cantidad muy importante tres días antes de su muerte. Eso significaba que el móvil podía ser el dinero. Cerré los ojos para imaginarme lo que había pasado. Los delincuentes entraron en la casa cuando todavía no había amanecido, pensando que las dos mujeres estarían durmiendo. Pero se equivocaron. Madre e hija ya se habían levantando y justamente estaban mirando los papeles de la caja fuerte. Oyeron a los dos ladrones e intentaron defender su dinero hasta que las mataron de forma salvaje. Por 4.000 dólares, mucha gente es capaz de matar. El ladrón debía de ser alguien que las conocía bien. Por eso sabía que tenían ese dinero en casa.



Me quedé pensativo unos instantes. Y también preocupado. Probablemente, el asesino era alguno de los vecinos de nuestro barrio, alguien que



frecuentara la zona donde vivían las víctimas... Si mi teoría era cierta, todos los que residíamos en la calle Morgue o alrededores estábamos en peligro.

